
HARLEQUIN
Deseo
LOS ELLIOT
Amor anónimo
Maureen Child

Amor anónimo

Maureen Child

12º Multi.Los Elliott



Amor anónimo (2007)
Título Original: Beyond the boardroom (2006)
Serie: 12º Multi. Los Elliott
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo Miniserie 24
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Shane Elliott y Rachel Adler

Argumento:

¿Podría tenerla en la oficina… y también en casa?

Todo cambió después de aquella noche en que la secretaria de dirección Rachel Adler hizo realidad su fantasía y se acostó con su jefe. Shane Elliott era mejor que cualquier sueño que pudiera tener, pero después de aquella noche, Rachel sabía que no podría volver a trabajar con él.

Inmerso en la lucha por el control del imperio familiar, Shane no estaba dispuesto a permitir que Rachel dejara la empresa. Era su mano derecha y la necesitaba. Y después de la noche que habían pasado juntos… también la deseaba.

Capítulo 1

De pie junto a la máquina en la que su jefe, Shane Elliott, estaba corriendo, en el gimnasio de la compañía, Rachel Adler alzó la voz para que la oyese.

—Te he reservado mesa para tu cena de esta noche; a las ocho.

—¿En Une Nuit? —le preguntó éste, alargando el brazo para alcanzar la botella de agua que Rachel tenía en la mano.

—¿Dónde si no? —masculló ella sacudiendo la cabeza.

¿Acaso no llevaba cuatro años encargándose de cada pequeño detalle, el tiempo que llevaba trabajando para él como secretaria?

—Estupendo —contestó Shane antes de tomar un buen trago.

Rachel no pudo despegar los ojos de su garganta mientras bebía. Hasta su cuello era sexy.

Cuando acabó de beber le tendió la botella vacía y se secó el sudor del rostro con la toalla que tenía colgada sobre los hombros.

—Cuando puedas llama a Stash y dile que encargue unas flores para…

—Tawny —le recordó Rachel con aspereza, dejando la botella de plástico en el suelo.

Por amor de Dios, ni siquiera se acordaba del nombre de la mujer con la que iba a cenar. Tawny Mason… Seguramente sería una Barbie con la cabeza hueca.

¿Por qué estaba celosa de una mujer a la que ni siquiera conocía?, se preguntó irritada.

Durante los tres primeros años que había trabajado para Shane todo había ido bien. Habían mantenido una buena relación laboral. Luego, sin embargo, ella había tenido que estropearlo enamorándose de él como una tonta.

Se había pasado lo que iba de año sufriendo en silencio, suspirando por él cada día, soñando con él cada noche, y sabiendo que para él nunca sería otra cosa más que la buena de Rachel.

—¿Qué flores te parece que irían bien para la ocasión? —le preguntó Shane, completamente ajeno a sus pensamientos—. ¿Rosas?

—¿Eh? Oh, que qué flores… No, rosas no; las rosas son aburridas.

—¿Tú crees? No sé, a mí me…

—Ya están muy vistas —lo cortó ella irritada—. Déjame hacer a mí; confía en mi criterio.

—Siempre lo hago —respondió él con una de esas sonrisas que la hacían estremecer por dentro.

Rachel no creía que pudiese seguir así mucho más tiempo. No podía seguir trabajando para él y dejar que su corazón se resquebrajara cada día un poco más. No podía seguir organizándole

citas con otras mujeres e imaginarlo en la cama con cada una de ellas. No podía seguir desperdiciando su vida así, esperando que se diese cuenta de lo que sentía por él.

Con un pesado suspiro, abrió su bloc de notas y encontró lo que estaba buscando.

—A Tawny le gustan las margaritas —le dijo.

—Ah, sí, ahora recuerdo que me lo dijo —contestó Shane—. Es una chica tan sencilla…

—Más bien una simplona —masculló Rachel entre dientes.

—¿Has dicho algo?

—No, nada —respondió ella, tendiéndole otra botella de agua que le había llevado.

—Gracias —dijo él tomándola con una nueva sonrisa—. ¿Qué haría yo sin ti, Rachel?

Obviamente era una pregunta retórica, pero si hubiera querido, bien habría podido responderle. Rachel era su mano derecha en *The Buzz,* la revista de la que era director.

The Buzz era una de las principales revistas de Elliott Publications Holding, la empresa de la familia de Shane, se centraba en el mundo del espectáculo, y se nutría de reseñas de películas, críticas, entrevistas con directores y actores…, y él era el director.

Cuando había empezado a trabajar para Shane, éste no había estado implicado apenas en su tarea al frente de la revista, y siempre que había podido había rehuido sus obligaciones, pero ella había logrado hacer que se interesase en su trabajo y que disfrutase de él.

Le había hecho ver que no sólo tenía las dotes necesarias para tratar con la gente y solucionar crisis, sino que además, si se lo propusiese, podría llegar a suceder a su padre como presidente de la compañía.

Patrick Elliott, el patriarca de la familia, había decidido jubilarse a finales de ese año, y había anunciado a sus hijos una «competición» entre ellos para decidir quién sería su sucesor.

Shane había estado entregándose al máximo durante todos esos meses, y *The Buzz* iba en cabeza en esos momentos. Estaban ya en diciembre, y en cualquier momento se esperaba que su padre anunciase al vencedor.

Patrick era un hombre muy astuto. Con aquella competición había encontrado una manera de hacer que sus hijos admitiesen cuánto querían triunfar. Al enfrentar a unos contra otros, había tenido la ocasión de mantenerse a un lado como espectador y observar cómo se descubrían a sí mismos.

Y ciertamente se habían producido muchos descubrimientos, pensó Rachel, recordando el vuelco que habían dado las vidas de muchos de los Elliott en ese año.

—¿Llamaste a Fin como te pedí? —le preguntó Shane, devolviéndole la botella mientras seguía corriendo.

—Lo hice, y me dio un mensaje para ti —respondió ella. Pasó una página del cuaderno y, esbozando una sonrisa, le leyó—: Dile a Shane que necesita alejarse unos días de la ciudad para tomar un poco de aire fresco, y que si viene a Colorado le enseñaré a montar a caballo.

Shane se rió.

—¿Sólo lleva un mes en el rancho y ya se cree que es una amazona?

Rachel se rió también. La verdad era que tenía su gracia, aunque no podía sino alegrarse de que la hermana gemela de Shane finalmente hubiese encontrado la felicidad, después de haber estado triste tantos años. Había reencontrado a Jessie, la hija a la que su padre le había obligado a entregar en adopción al nacer, se había casado con un hombre del que era evidente que estaba muy enamorada, e iban a tener un bebé.

—Es feliz —dijo encogiéndose de hombros.

—Lo sé, y me alegro por ella, aunque la echo de menos —contestó Shane.

—Bueno, probablemente vendrá por Navidad.

—Navidad… —repitió él pensativo. Apagó la máquina, se bajó, y se secó de nuevo el rostro con la toalla—. Ya estamos en diciembre, ¿no?

Rachel asintió.

—¿Y he empezado ya a comprar los regalos?

—No.

—Diablos.

Shane volvió a tomar la botella de su mano, se bebió el agua que quedaba en ella, y se la devolvió.

—Bueno, de todos modos tampoco tengo tiempo para preocuparme de eso. Voy a darme una ducha y en media hora subo al despacho. Me gustaría echarle un vistazo a la nueva prueba de la revista antes de que se envíe a producción.

Rachel no pudo evitar tensarse al pensar en cierta columna que sin duda querría leer.

—Eh… claro.

Como si le hubiese leído la mente, Shane la llamó cuando estaba dándose la vuelta para salir del gimnasio.

—Nuestra reportera misteriosa entregó su columna a tiempo, ¿verdad?

—Oh, sí, sí. A tiempo como siempre.

Shane sonrió.

—Estupendo. Estoy deseando leerla. Seguro que me encantará —le contestó, antes de alejarse hacia los vestuarios.

Rachel lo siguió con la mirada y volvió a tensarse. Sí, seguro que le iba a encantar.

Unas horas después, Shane estaba sentado en su despacho, escuchando al director gráfico de la revista, Jonathon Taylor, hablar y hablar sobre lo que estaba planeando para la edición del Cuatro de Julio a pesar de que fuera estaba nevando. Claro que en una revista semanal como era *The Buzz* se trabajaba con meses de antelación, y las ediciones especiales requerían una preparación aún más esmerada.

Jonathon se entusiasmaba siempre con las ediciones especiales, y se esforzaba para superarse cada año a sí mismo. ¡Y vaya si lo conseguía! Justo en ese momento Jon estaba describiendo con entusiasmo la idea que tenía para el Cuatro de Julio, que básicamente consistía en vestir a varias celebridades del mundo del cine de rojo, blanco, y azul. No era especialmente original, pero conociendo a Jon como lo conocía, Shane estaba seguro de que sería genial.

Sin embargo, a Sandy Hall, la directora del departamento de gastos, casi le salía espuma por la boca. Sin duda tendría unas cuantas objeciones respecto a lo que les costaría lo que Jon estaba planeando.

Y como siempre a él le correspondería escuchar a las dos partes y tomar una decisión. Unos años atrás había detestado su trabajo, el tener que atender cada día a las quejas de unos y de otros, pero poco a poco había ido tomándole gusto.

La verdad era que a él mismo le sorprendía admitirlo, aunque fuese sólo para sus adentros, pero sí, así era. Se sentía orgulloso de lo bien que marchaban las cosas en la revista, y aunque al principio la idea de tener que medir fuerzas con sus hermanos por suceder a su padre le había dado cierta pereza, poco a poco se había ido metiendo en la competición y estaba decidido a ganar.

—Yo creo que si pagamos bien a tres o cuatro celebridades importantes, conseguiremos que otras participen también —concluyó Jon—. Todos sabemos cómo es este mundillo: a nadie le gusta quedarse fuera, porque si te quedas fuera no eres nadie.

Antes de que Shane pudiera responder, Sandy se puso de pie, se apartó un mechón rubio de los ojos, y miró a Jon con los ojos entornados.

—¿Sabes lo que puede costar todo eso que quieres hacer?

—Son las reglas del juego —dijo Jon encogiéndose de hombros—. Si quieres entrar en él tienes que apostar fuerte —añadió lanzándole una mirada a Shane, como esperando que lo respaldase.

—Jon tiene razón, Sandy —intervino él, alzando una mano cuando vio que ésta iba a replicar—. Si conseguimos convencer a las personas adecuadas para ese especial, los anunciantes harán cola para que les demos un espacio en él. Eso sin contar con que venderemos más ejemplares.

Jon le dirigió una sonrisa burlona a Sandy.

—Mira, Shane, no creo que tenga que recordarte que en este momento estamos estirando al máximo el presupuesto —dijo ésta mirando a Jon con desdén.

—Venga ya, Sandy —replicó Shane. Se puso de pie y se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Sabes tan bien como yo que nuestro margen de beneficios es más amplio que nunca. Le llevamos la delantera a todas las demás revistas de EPH, y si queremos que siga siendo así no podemos amilanarnos.

Jon se llevó una mano al pecho e hizo una reverencia.

—Habéis hablado muy sabiamente, mi rey.

Shane se rió.

—Dice eso sólo porque te has puesto de su parte —apuntó Sandy.

—Y a ti te molesta que me haya dado la razón —la picó Jon con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, bueno. Antes de que empecéis a tiraros los trastos a la cabeza… —los interrumpió Shane—… ¿alguno de los dos habéis conseguido averiguar lo que os pedí?

Jon y Sandy se miraron antes de mirar de nuevo a Shane.

—Yo no —admitió Sandy a regañadientes—. He hablado con todas las personas que conozco, y nadie sabe quién pueda ser en realidad esa mujer.

—Tampoco yo —dijo Jon—. Parece que nuestra pequeña Tess es una especie de Spiderman. Guarda su verdadera identidad con tanto celo que no he logrado averiguar nada sobre ella.

Shane maldijo para sus adentros. La columna *El diario de Tess* se había convertido en la sección más popular de la revista. Habían conseguido miles de nuevos lectores gracias al talento de aquella mujer anónima.

Su columna, que era a la vez divertida y profunda, había empezado a publicarse siete meses atrás en *The Buzz*, y la respuesta de los lectores había sido apabullante: llamadas, cartas, e-mails…

Todo el mundo quería saber más acerca de ella, pero hasta la fecha no habían conseguido contactar con ella. Les enviaba la columna por fax cada mes desde un lugar distinto de la ciudad, y para pagarle tenían que enviarle los cheques a un apartado de correos.

Las cosas no podían estar yéndoles mejor, pero Shane estaba seguro de que podría irles aún mejor si consiguiese convencer a aquella mujer para que escribiese una columna por semana en vez de una vez al mes. Sin embargo, no había contestado a ninguna de las cartas que le había enviado. Aquello lo frustraba enormemente.

—Está bien —dijo con un suspiro—. No pasa nada. Seguid buscándola.

Volvió a sentarse tras su escritorio y, después de indicarles con un

ademán que podían volver a su trabajo, tomó la última columna que la misteriosa Tess les había mandado.

Leía cada ejemplar de la revista de cabo a rabo antes de que fuese enviado a producción porque ése era su deber como director, pero el leer aquella columna se había convertido en un pequeño placer para él. Se recostó en su sillón de cuero negro y lo giró hacia la ventana con una sonrisa en los labios mientras empezaba a leer.

Dejad que os diga algo: el secreto para sobrevivir a vuestro jefe es que nunca debe saber lo bien que lo conocéis. Hay que dejar que el pobre tenga alguna que otra ilusión.

Mi jefe se cree muy misterioso. Ya; seguro. Tiene de misterioso lo que yo de monja. De hecho, al igual que el resto de los hombres, es de lo más predecible.

La semana pasada, sin ir más lejos, tuve que prepararle dos «primeras citas». El mismo restaurante, el mismo menú, el mismo vino… Lo único distinto era el nombre de las dos mujeres. Yo no veo ahí ningún halo de misterio, la verdad.

Pero así es, organizo sus reuniones, y sus citas además; tengo que estar pendiente de hasta el más mínimo detalle… es como hacer malabarismos en una cuerda floja. De hecho, yo creo que en comparación, por lo que trabajo, ganaría más dinero si trabajase en un circo.

Shane se rió. Aquella mujer tenía talento, pero sentía lástima por ella. Tener que trabajar para un hombre así no debía ser fácil.

Claro que en lo que se refiere a los negocios es capaz de mantener la cabeza fría cuando todo a su alrededor parece derrumbarse, y eso es algo que admiro. Supongo que ése es el motivo por el que sigo aquí, a su lado, después de todo este tiempo. A pesar de que me hace ocuparme incluso de su vida social, disfruto trabajando codo con codo con él, siendo su brazo derecho… aun cuando a veces me sienta como si fuera invisible.

¿Invisible? Shane sacudió la cabeza. ¿Cómo podría nadie ignorar a una mujer tan inteligente y divertida como aquélla?

Quizá sea por la época del año en la que estamos por lo que me he puesto a reflexionar sobre el rumbo que lleva mi vida. Bueno, sí, para vosotros será marzo cuando leáis esto, pero en el momento en que escribo esto es diciembre. Fuera está nevando, haciendo que Manhattan parezca una tarjeta navideña, y los escaparates de las tiendas están adornados con luces y guirnaldas.

El año termina, y ahora que otro está a punto de comenzar, no puedo evitar preguntarme si quiero seguir como hasta ahora. ¿Es esto todo lo que me queda esperar? ¿De verdad quiero seguir trabajando para un hombre que me trata como a un perro al que se le da una golosina cuando obedece?

Shane frunció el entrecejo. Tess nunca había empleado ese tono en su columna. Por lo general lo que escribía siempre tenía un trasfondo

cómico.

Me pregunto cómo reaccionaría si dejara mi trabajo.

Shane se irguió como un resorte en el asiento y frunció el ceño aún más. ¿Dejarlo? Diablos, no podía dejar su trabajo. Su columna era demasiado popular. Miles de personas la leían porque se sentían identificadas con lo que contaba, con su día a día. Y si dejaba de escribir su columna aquello podía ser catastrófico para la revista.

Probablemente ni se daría cuenta hasta que lo llamasen de la tintorería porque nadie había ido a recoger su ropa, o hasta que tuviese que hacer él mismo la reserva en el restaurante para cenar con una de las mujeres de su interminable lista.

Entonces… ¿qué estoy haciendo aquí? Creo que todos sabemos la respuesta a esa pregunta: he dejado que se convierta en alguien demasiado importante para mí. Me paso más tiempo viviendo su vida que la mía.

A Shane no le gustaba nada el rumbo que estaba tomando aquello.

¿Qué pensáis vosotros? ¿Debería poner fin a esta situación y dejar de torturarme? ¿Debería meterme en la cabeza que nunca va a fijarse en mí, que para él nunca seré otra cosa más que su eficiente secretaria?

Shane gruñó y acabó de leer la columna con mala cara.

A mí me parece que ha llegado el momento de darle un giro á mi vida ahora que aún estoy a tiempo. A todos los que me habéis seguido y escrito durante todos estos meses, supongo que esto es un adiós.

¿Un adiós?

¿Se había vuelto loca? No podía hacerles eso.

Para cuando leáis esto probablemente ya hará mucho que habré dejado mi trabajo y también de escribir esta columna. Os voy a echar de menos, escribir estas líneas cada mes… Dios, hasta echaré de menos a mi jefe aunque me jure mil veces no volver a pensar en él.

Os deseo todo lo mejor, y os prometo que os llevaré siempre en mi corazón.

Capítulo 2

Shane apretó el botón del intercomunicador, y cuando Rachel contestó, le dijo:

—¿Podrías venir un segundo, por favor?

Un instante después se abría la puerta y entraba Rachel con su libreta.

—¿Qué ocurre?

—¿Has visto la columna *El diario de Tess* para el mes de marzo?

—Eh… sí.

—Así que habrás leído que está pensando en dejar su trabajo.

Rachel inspiró profundamente y trató de mantener una expresión neutra en su rostro.

Dejar su trabajo no había sido una decisión fácil de tomar, pero sabía que era la decisión correcta.

Cerró la puerta y fue hacia la mesa de Shane.

—Sí, lo he leído —respondió—. ¿Cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? —repitió Shane dejando la columna de Tess sobre su escritorio antes de ponerse de pie—. Que nuestros lectores la adoran, ése es el problema. No puede dejar su trabajo; necesitamos que siga hablando de eso en su columna. La gente se identifica con ella porque es una mujer normal, una mujer trabajadora.

Rachel se preguntó si Shane se mostraría igual de preocupado cuando le presentase su dimisión. Y si así fuese, ¿se echaría ella atrás? No, tenía que hacerlo; tenía que alejarse de Shane antes de acabar con el corazón roto.

Se sentó en una de las sillas que había frente al escritorio, y tras inspirar profundamente, le dijo:

—Dudo que lo haga por capricho. Es evidente que ha estado pensándolo mucho. La gente no deja un buen empleo así como así sin antes sopesar los pros y los contras.

Precisamente lo que había estado haciendo ella durante los últimos cinco meses.

Shane entornó los ojos.

—¿Sabes algo que no me hayas contado?

—¿Por qué iba a ocultarte nada? —contestó ella con aire inocente. Resopló para apartar un mechón rubio de su frente, y le dijo—: Además, sinceramente, Shane, no veo cómo vas a impedirle que deje su trabajo cuando ni siquiera sabes su nombre ni dónde está.

—Por eso tenemos que averiguarlo.

Rachel apoyó la libreta en su pecho y cruzó los brazos sobre ella.

—¿No es eso lo que llevan meses intentando Jon y Sandy?

—Sí, y no alcanzo a entender cómo puede ser que todavía no tengamos siquiera una pista de su verdadera identidad o de su paradero —masculló Shane irritado, girándose hacia el ventanal—. ¡Si al menos supiéramos dónde trabaja! ¿Cómo es que a estas alturas su jefe todavía no se ha reconocido en las columnas que escribe cada mes?

Rachel asintió con un «mmm».

—Parece imposible de creer, ¿no?

—Imposible es decir poco —gruñó él volviéndose hacia ella—. Ese hombre debe estar ciego.

—Sí, la verdad es que no parece que sea un lince precisamente —murmuró Rachel con aspereza.

Shane había leído todas y cada una de las columnas que había escrito bajo el pseudónimo de Tess, y aun así ni siquiera sospechaba que era de él de quien hablaba en ellas.

En ese momento la miró, y Rachel vio en sus ojos verdes el mismo brillo que había visto en ellos tantas veces durante ese año, desde que su padre anunciara aquella competición para decidir a quién iba a pasarle el testigo. Shane Elliott no se rendía con facilidad, pero por mucho que intentase sonsacarle no iba a conseguir nada.

—¿Seguro que no hay nada que sepas de nuestra misteriosa Tess y no me hayas dicho?

Rachel negó con la cabeza.

—Envía por fax esas columnas desde un sitio distinto cada vez. Nadie sabe desde dónde mandará la próxima.

Shane se quedó mirándola fijamente, y por un momento Rachel se temió que sospechara algo. Suerte que no podía leer su mente.

—Está bien —dijo finalmente. Volvió a meter la columna de Tess en el sobre donde estaba el resto de la prueba para el número del mes de marzo, y se lo entregó—. Lleva esto a producción, ¿quieres?

—Claro —respondió ella—. ¿Querías algo más?

Shane volvió a sentarse en su sillón y le dijo:

—Sólo que encuentres a nuestra columnista misteriosa. Si lo que quiere es cambiar de trabajo yo le ofreceré un puesto en la revista.

Rachel salió del despacho, cerrando tras de sí, y se apoyó en la puerta. Quería ofrecerle un puesto… ¡Qué irónico!

Mientras avanzaba hacia el departamento de producción por el largo pasillo, Rachel pensó con un suspiro en lo difícil que iba a resultarle dejar aquel lugar donde se sentía tan cómoda.

A su alrededor sonaban los teléfonos, y las risas y la charla de algunos compañeros, mientras otros se afanaban en sus respectivas tareas, y un olor a café flotaba en el aire.

Rachel sonrió a unas cuantas personas a su paso, y cuando finalmente llegó a producción, llamó a la puerta entreabierta del

despacho que Christina, la ayudante del encargado del departamento, compartía con éste. Parecía que estaba sola.

Christina levantó la vista de su ordenador, la saludó afable, y le dijo que pasara.

—Estaba pensando en ir a Lucci's a comer. ¿Quieres venir conmigo? —le preguntó después de que Rachel le hubiera dado el sobre.

—Me encantaría. ¿Quedamos a las doce junto al ascensor? —respondió ella.

Christina era sólo una de las muchas personas a las que iba a echar de menos cuando se marchase.

—Estupendo.

Cuando regresó a su sitio, Rachel casi se sintió como si estuviese despidiéndose ya de todo aquello. Sí, iba a echar de menos Elliott Publications Holding. Le encantaba su trabajo, y le encantaba trabajar para Shane y sentir que formaba parte del gran equipo que hacía posible que cada mes se publicara la revista, pero sabía que no podía quedarse allí.

No podía seguir viendo a Shane cada día, sintiendo lo que sentía por él, y sabiendo que para él no sería nunca otra cosa más que su secretaria.

No creía que pudiese seguir soportando mucho más tiempo tener que organizarle citas y verlo mirar a cualquier otra mujer con más interés que a ella. Sí, tanto ella como su alter ego Tess iban a desaparecer de la vida de Shane sin hacer ruido, y nada podría hacer que cambiase de opinión.

A las siete de la tarde la mayoría de los empleados de la revista se habían marchado ya. Mientras iba por el pasillo, camino del ascensor, Shane escuchó el ruido de sus propios pasos en la moqueta.

De día la redacción bullía de actividad, con el ruido de conversaciones, risas, teléfonos sonando, dedos tecleando… De noche, en cambio, parecía un colegio sin niños.

Con un suspiro, Shane apretó el botón del ascensor y esperó. Si no hubiese contestado esa llamada de su padre hacía unos minutos, ya estaría en su apartamento, preparándose para su cita con… ¿Cómo diablos se llamaba la mujer con la que había quedado a cenar?, se preguntó frunciendo el ceño.

Sacudió la cabeza y aparcó esa pregunta para concentrarse en otra: ¿por qué querría verlo su padre? ¿Y por qué a esas horas, después de que hubiera terminado la jornada de trabajo?

Patrick Elliott era un tipo duro. Siempre lo había sido. Más centrado en construir un imperio que una familia, había acabado por convertirse en un extraño para sus propios hijos.

Su madre, Maeve, era quien mantenía unida a la familia. De hecho,

ella era la única razón por la que sus hermanos y él todavía se hablaban con su padre.

La puerta del ascensor se abrió en ese momento, y Shane subió con el mismo entusiasmo que un condenado se dirige a la horca. Apretó el botón del último piso, y cuando las puertas volvieron a cerrarse, dejó que su mente regresara al pasado.

De todos los recuerdos que tenía de su infancia y adolescencia, su padre era poco más que una imagen borrosa.

Finola, su hermana gemela, y él eran los menores de los cuatro hermanos, y siempre habían estado muy unidos. Habían estado el uno al lado del otro en los momentos difíciles, habían compartido penas y alegrías, y quizá porque había sido él quien había vivido más de cerca la tragedia de Finola, se sentía incapaz todavía de dejar que su padre se acercase a él.

Patrick Elliott estaba intentando enmendar sus errores como padre, y sus hermanos se habían mostrado ya dispuestos a darle otra oportunidad, pero Shane seguía siendo reacio a ello. No creía que pudiese perdonarle jamás lo que le había hecho a Finola.

Se apoyó en la pared del ascensor y cuando cerró los ojos acudieron a su mente imágenes del pasado, de Finola a sus quince años, tan inocente, tan alegre y confiada… hasta el día en que cometió un error inadmisible.

A los quince años el hijo de otra familia rica la había dejado embarazada, y ninguna de las dos partes había querido que un escándalo así salpicase su reputación.

Su madre había llorado y se había puesto del lado de su hija, algo que ni ésta, ni Shane, ni sus otros dos hermanos, habían sabido hasta hacía poco. Le había suplicado a su padre, pero éste, empeñado en salvar el buen nombre de la familia, había enviado a Finola a un convento en Canadá para que diera a luz allí y entregará al bebé, una niña, en adopción.

Shane jamás podría olvidar el dolor de su hermana, y estaba seguro de que nunca podría perdonar del todo a su padre, que había sido el causante de ese dolor.

El ruido de una campanilla le indicó que había llegado a su destino.

Cuanto antes hablase con su padre, antes podría marcharse, se dijo Shane con un suspiro mientras salía del ascensor.

Por fortuna, las heridas de su hermana se habían cerrado hacía unos meses. Se había reencontrado con su hija, se había casado con el padre adoptivo de ésta, del que estaba esperando un hijo, y había aceptado las disculpas de su padre aunque hubiesen llegado con más de veinte años de retraso.

Al llegar al despacho de su padre llamó a la puerta con los nudillos

y esperó.

—Adelante —contestó la profunda voz de Patrick Elliott desde dentro.

Shane entró en el despacho, donde su padre estaba sentado tras un escritorio enorme de color caoba. A sus setenta y siete años, parecía al menos diez años más joven, y aún conservaba buena parte de su cabello, aunque lo tenía ya completamente canoso.

Patrick levantó la cabeza de los papeles que estaba leyendo.

—Siéntate —le dijo señalando con un ademán una de las sillas que había frente él.

Shane tomó asiento y se aclaró la garganta.

—¿Qué puedo hacer por ti, papá?

Patrick apoyó los codos en los brazos del sillón y entrelazó las manos.

—Por lo que veo tienes prisa.

—No, claro que no —replicó Shane.

Si admitiera que sí la tenía, su padre, que parecía que disfrutaba llevándole la contraria, lo retendría allí más tiempo todavía, así que para enfatizar sus palabras se echó hacia atrás y cruzó una pierna sobre la otra.

—Si la tienes no pasa nada; yo de hecho tengo que irme dentro de un rato —dijo su padre echándole un vistazo a su reloj—. Tu madre ha comprado entradas para no sé qué espectáculo.

Shane enarcó una ceja.

—¿Un musical?

Su padre carraspeó y se irguió en el asiento.

—Probablemente.

Shane bajó la cabeza para ocultar la sonrisa maliciosa que había asomado a sus labios. Su padre detestaba los espectáculos, y especialmente los musicales, pero a su madre le encantaban. Al menos eso era algo que podía decirse a favor de su padre: quería tanto a su madre que había sido capaz de soportar ver *Cats* media docena de veces.

—Sólo Dios sabe con qué me piensa castigar hoy, pero en fin, estará aquí dentro de veinte minutos, así que seré breve.

—De acuerdo; dispara.

Patrick se inclinó hacia delante, y apoyó los brazos sobre la mesa con las manos aún entrelazadas y una amplia sonrisa en los labios.

—Ya tengo los últimos informes del año, y el total del margen de beneficios de cada revista.

—¿Y…?

A Shane se le aceleró el pulso y lo inundó una intensa excitación. Si alguien le hubiese dicho un año atrás que le importaría tanto el convertirse en el nuevo presidente de EPH se habría echado a reír. En

ese momento, sin embargo, tenía que reconocer que sí, que quería más que ninguna otra cosa en el mundo ganar aquella competición.

—Felicidades —dijo su padre con una amplia sonrisa.

Shane, que había estado conteniendo el aliento sin darse cuenta, abrió mucho los ojos.

—¿Quieres decir que…?

—Eres el nuevo presidente de Elliott Publications Holdings. Felicidades, Shane —le repitió su padre poniéndose de pie y tendiéndole una mano.

Shane se levantó también con una risa nerviosa y le estrechó la mano.

—Gracias.

—Has hecho un buen trabajo, hijo.

Una sensación de satisfacción y orgullo invadió a Shane. Parecía que uno nunca llegaba a superar del todo la necesidad de aprobación paterna, se dijo, ni siquiera cuando se tenía a un padre que jamás se había preocupado por sus hijos.

—Gracias —repitió sin saber qué otra cosa podía decir.

Presidente… Aquello suponía toda una serie de responsabilidades, y las responsabilidades eran algo que hacía tan sólo un año habría evitado como la peste. Era curioso cómo podía cambiar una persona.

Estaba deseando contárselo a Rachel. El trabajo que habían estado haciendo durante todo ese año por fin había dado sus frutos.

—Haré el anuncio oficial a la familia durante la fiesta de Nochevieja —le dijo su padre, mientras rodeaba la mesa—, pero quería que lo supieras tú antes que el resto. Felicidades de nuevo; te lo has ganado, Shane.

—Bueno, no podría haberlo hecho sin mi equipo, sin la gente de la redacción, que se han dejado la piel este año. En especial Rachel, mi secretaria.

Su padre asintió.

—Me alegra que seas capaz de reconocer que ningún hombre puede triunfar solo.

Shane ladeó la cabeza, y le dijo con una sonrisa maliciosa a su padre:

—Oh, eso es algo que siempre he tenido muy presente. Lo que me sorprende es que tú lo sepas.

Patrick suspiró y sacudió la cabeza.

—Cuando un hombre llega a cierta edad se da cuenta de cosas de las que tenía que haberse dado cuenta mucho antes, hijo.

—Ya. Bueno. Más vale tarde que nunca, ¿no? —dijo Shane, sintiéndose repentinamente incómodo.

—Supongo que sí. A primeros de enero me llevaré mis cosas para que puedas instalarte.

—Se me hace rara la idea de que vaya a ocupar tu despacho.

—Pues imagínate para mí —contestó su padre, deteniéndose a mirar las placas enmarcadas que colgaban de la pared junto a su escritorio. Varias de ellas eran placas conmemorativas de premios que había recibido EPH—. Estoy tan acostumbrado a venir aquí cada día que no me imagino sin trabajar.

—No me extraña. Yo no recuerdo ni una sola vez que te hayas tomado vacaciones en todos estos años.

Patrick giró la cabeza y miró a su hijo por encima del hombro. Por sus ojos cruzó una sombra de lo que podría haber sido arrepentimiento, pero ocurrió tan deprisa que no podía estar seguro de no haberlo imagino. Y aunque su padre se arrepintiera de algunas cosas que había hecho, se dijo, ¿en qué cambiaría nada aquello si no se podía volver atrás en el tiempo?

—He cometido muchos errores en mi vida —admitió Patrick volviéndose—. Ahora soy consciente de ello.

Shane se puso tenso. No quería hablar del pasado con su padre. En ese último año su padre había hecho un verdadero esfuerzo por conocer a sus propios hijos, pero no podían repararse en tan poco tiempo las carencias de toda una vida.

—Papá…

—Lo sé; sé que no quieres hablar de ello. La verdad es que yo tampoco —le confesó su padre, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. Es sólo que no puedo evitar pensar en ello. No puedo reescribir el pasado, aunque quisiera poder hacerlo. Durante todos estos años no me he preocupado por otra cosa más que por esta empresa. Quería construir un legado que dejaros a tus hermanos y a ti.

—Y lo has hecho.

—Sí, pero por el camino he perdido de vista lo que era verdaderamente importante —respondió Patrick en un tono cansado —. No le echo la culpa a nadie; es sólo mía.

—Pero eso ya pertenece al pasado, papá. No debes flagelarte por ello —le dijo Shane quedamente.

—Es difícil no hacerlo. Cuando uno tiene setenta y siete años los errores que has cometido empiezan a tirarte de la manga. No caigas en los errores en los que yo caí, hijo —le contestó su padre sacando una mano del bolsillo—. Ahora la idea de que vas a estar al mando puede embriagarte —añadió señalando en derredor con un ademán—, pero intenta recordar que el estar en la cima no significa nada si para permanecer en ella te olvidas de las cosas que de verdad importan.

Capítulo 3

Rachel abrió la puerta del congelador por tercera vez en media hora, y se quedó mirando a su Némesis: una tarrina de helado Ben&Jerry que estaba allí, delante de bolsas y paquetes de congelados, como burlándose de ella en silencio.

En realidad la culpa era suya. No debería haberla comprado, pero había tenido un momento de debilidad al salir del trabajo.

Bueno, a decir verdad había tenido varios momentos de debilidad últimamente: cada vez que pensaba en dejar su trabajo y alejarse así de lo único que la unía a Shane Elliott.

«Es lo correcto», se dijo, tratando de convencerse.

Tenía que hacerlo; únicamente había estado posponiendo lo inevitable porque no había querido marcharse hasta que Shane ganara aquella competición entre sus hermanos y él.

«Pero ahora esa excusa ya no sirve», se dijo con firmeza. «Es indudable que será él quien gane.»

Alargó el brazo, y sus dedos se cerraron en torno a la tarrina de helado.

—Está bien; me rindo —murmuró—. De todos modos los dos sabíamos que acabaría rindiéndome. Si no, no te habría comprado.

Sin embargo, justo en ese momento sonó el timbre de la puerta, y Rachel apartó la mano antes de volver a cerrar el congelador.

Preguntándose quién podría ser, se peinó el ondulado cabello rubio con las manos. En la oficina solía llevarlo recogido, pero al llegar a casa se lo había soltado. Se alisó la falda, y le echó un vistazo al reloj que había en la pared antes de salir de la cocina.

Las ocho en punto. A la hora que era Shane estaría ya en el restaurante con esa tal Tawny, la Barbie de turno. Sí, decididamente había llegado el momento de que dejase EPH.

De camino a la puerta, puso derecho uno de los cojines del sofá. Su apartamento sólo tenía un dormitorio, pero para ella estaba bien y el barrio era muy agradable.

En los cinco años que llevaba viviendo allí había convertido aquel pequeño apartamento en un hogar acogedor. La voz de Natalie Colé sonaba a través de los altavoces del equipo estéreo, y el olor a lasaña casera de la señora Florio, su vecina de abajo, flotaba en el aire. Por la mañana seguramente le subiría una fuente con lo que le sobrase. La señora Florio siempre estaba diciéndole que tan «delgaducha» como estaba no encontraría un hombre, y siempre estaba llevándole comida.

Rachel esbozó una sonrisa, y cuando echó un vistazo por la mirilla para ver quién era, de sus labios escapó un gemido ahogado y dio un respingo.

¿Shane? ¿Qué estaba haciendo allí? Al ver que no abría, Shane volvió a llamar al timbre.

Rachel escudriñó otra vez por la mirilla, y Shane se inclinó hacia delante con una sonrisa boba, enseñándole los dientes.

—Vamos, Rachel; abre de una vez.

Rachel bajó la vista a su ropa. Todavía llevaba la blusa amarilla de seda y la falda gris que se había puesto esa mañana para ir al trabajo, y se había cambiado los zapatos por sus pantuflas rosas. No derrochaba *glamour* precisamente, se dijo haciendo una mueca. ¿Por qué no podría haberla encontrado con un traje de noche y a punto de salir para ir a una fiesta?

—¿Cómo sabes que estoy en casa? —le preguntó—; podría estar fuera, en una cita.

Sí, claro, en un universo paralelo.

—Porque acabas de contestarme —respondió Shane, volviendo a sonreírle a través de la mirilla—. ¿Vas a dejarme entrar, o no?

En los cinco años que llevaba trabajando en *The Buzz,* Shane jamás había ido a su apartamento. ¿Qué estaría haciendo allí? ¿Sospecharía que pretendía dejar su trabajo? ¿Había ido allí para intentar hacerla cambiar de idea?

—Esto no es justo —masculló, sacudiendo la cabeza mientras quitaba la cadena y luego el cerrojo.

Cuando abrió, Shane no esperó a que le diera permiso para pasar, sino que entró como un vendaval y se volvió para mirarla.

En una mano sostenía un ramo de lilas, sus flores preferidas, y en la otra una botella de champán.

Hecha un manojo de nervios, Rachel cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

—¿A qué debo esta visita?

—Tienes un apartamento muy bonito —dijo él mirando a su alrededor.

—Gracias.

—Como no sabía dónde vivías, tuve que bajar al departamento de Recursos Humanos y pedirles que me dieran tu dirección —añadió Shane.

Rachel tragó saliva.

—Todavía no me has dicho por qué estás aquí.

—He venido a traerte esto —respondió él tendiéndole el ramo.

Rachel lo tomó, y tuvo que hacer un esfuerzo para no agachar la cabeza e inhalar el dulce y embriagador perfume de las lilas.

—Pero… ¿por qué me regalas estas flores? —inquirió—. ¿No se supone que tenías que estar en Une Nuit, dándole a Tawny un ramo de margaritas?

—¡Tawny! —exclamó Shane dándose una palmada en la frente—.

Así es como se llamaba… ¿Por qué nunca consigo acordarme del nombre de las mujeres con las que salgo a cenar?

—Buena pregunta —murmuró Rachel sin poder reprimir cierta ironía—. ¿Quizá porque hay demasiadas Tawnies, Bambis, y Barbies en tu vida como para que te acuerdes de todas?

Shane enarcó una ceja y sonrió antes de encogerse de hombros.

—Tal vez —contestó. Miró de nuevo en derredor, como buscando algo, y se dirigió a la cocina—. De todos modos no tienes que preocuparte por eso —le dijo girando la cabeza por encima del hombro mientras caminaba—. He llamado a Stash y le he pedido que le diga que me iba a ser imposible acudir y que le sirva a… ¿cómo se llamaba?

Rachel resopló y lo siguió.

—Tawny.

—Sí, eso. Le he pedido que le sirva a Tawny lo que quiera y que lo ponga en mi cuenta.

—De modo que la has dejado plantada.

—Tenía que hacerlo —contestó Shane dejando la botella de champán sobre la encimera—. ¿Tienes copas de champán?

Rachel, que aún tenía el ramo en un brazo, señaló un armarito con la mano libre.

Shane sacó dos copas y las puso también sobre la encimera. Aquello no era justo, se dijo Rachel. Estaba segura de que después de ese día no podría dejar de recordarlo allí, en la cocina, en el salón… diablos, seguro que ni podría volver a mirar por la mirilla de la puerta sin ver su cara sonriente.

—No… no deberías estar aquí —balbució bajando la vista a las flores.

Lilas en invierno… Debían haberle costado una fortuna. Y ella era tan tonta y sentimental que la halagaba que se hubiese acordado de cuáles eran sus flores preferidas cuando no se había acordado de cuáles eran las de la tal Tawny.

Shane, que estaba quitando el alambre del corcho, la miró de arriba abajo, y en sus labios se dibujó una sonrisa divertida.

—¿Por qué?, ¿estás esperando a alguien?

Rachel se irguió y le contestó:

—Pues no es asunto tuyo, pero ya que lo mencionas, sí.

—¿En serio? ¿Lo conozco yo? ¿Cómo se llama?

Rachel suspiró. Era inútil fingir.

—De acuerdo, no, no estoy esperando a nadie. Iba a servirme un poco de helado y me iba a sentar delante del televisor.

Shane sonrió.

—Esto es mejor que cualquier helado —le dijo levantando la botella de champán.

—Pues no sé qué decirte —replicó ella mientras abría otro armario para sacar un jarrón—. Es helado de chocolate.

Llevó el jarrón al fregadero para llenarlo de agua.

—Pues ni aun así es lo bastante bueno para la ocasión.

—¿A qué ocasión te refieres? —inquirió ella, poniendo el jarrón en la encimera para meter en él las flores.

—Pues a que tenemos algo que celebrar —respondió Shane.

Empujó el corcho con el dedo, y éste salió disparado como un proyectil, que impactó en un armario antes de rebotar en el suelo. Shane sostuvo sobre el fregadero la botella, mientras la espuma desbordaba el cuello de ésta, y luego sirvió un poco de champán en ambas copas.

—¿No vas a preguntarme qué? —inquirió tendiéndole una.

Rachel la tomó y lo miró expectante.

—Lo hemos conseguido, Rachel —le dijo él—. Tienes ante ti al nuevo presidente de EPH.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de la joven.

—¡Shane, eso es estupendo!

Y lo era; era estupendo. Aunque pronto dejaría su trabajo, se sentía muy feliz por él. Shane se lo merecía. Se lo había ganado con creces.

—Lo sé —respondió él riéndose.

La tomó por el codo y la condujo al salón. Al llegar junto al sofá le pidió que se sentara, y regresó a la cocina a por su copa y la botella de champán.

Cuando volvió con ella, dejó la botella sobre la mesita, y tomó asiento a su lado.

Brindaron, los dos tomaron un sorbo, y se quedaron callados, cada uno sumido en sus pensamientos.

Rachel se sintió tentada de alargar la mano para apartar un mechón de cabello negro que había caído sobre la frente de Shane, pero se contuvo, naturalmente, y se contentó con mirarlo, aprovechando que tenía la vista fija en su copa.

Shane era uno de los hombres más atractivos que había conocido en toda su vida: ojos verdes, una barbilla con personalidad, una sonrisa capaz de parar un tren, un cuerpo de infarto…

—¿Sabes? Cuando mi padre me dio la noticia esta tarde, en ese momento pensé en que me habría gustado que hubieses estado allí tú también para oírlo.

Rachel, que se notaba la garganta repentinamente seca, tomó otro sorbo de champán.

—Esta victoria te la debo a ti —añadió Shane.

Sus palabras la halagaron, pero Rachel sacudió la cabeza.

—No es verdad, Shane. Tú te has esforzado mucho; te lo mereces.

—Tal vez —concedió él, acariciando el borde de su copa con el

índice—. Pero aun así, no lo habría logrado sin ti.

—Bueno, de eso no hay duda —asintió ella con una sonrisa traviesa.

Sí, aquella conversación resultaría mucho más fácil si bromeaba, como hacía siempre, en vez de ponerse a fantasear con que Shane iba a arrodillarse frente a ella para declararle su amor y pedirle que se casara con él.

Tomó otro sorbo de champán, y no protestó cuando Shane alcanzó la botella para volver a llenarle la copa.

—Nos trasladaremos al despacho de mi padre a principios de año —le dijo.

«Lo harás tú», respondió ella para sus adentros. Nada le gustaría más que seguir a su lado, seguir siendo parte de su vida, pero cada día le resultaba más doloroso.

—Imagino que lo redecorarás.

—Ya lo creo —respondió él riéndose.

¿Sabría siquiera que el sonido de su risa bastaba para desarmarla?

—Tal y como está resulta demasiado frío; demasiado serio.

—Sí, la verdad es que sí —asintió ella distraída.

La canción que estaba sonando en el equipo de música terminó en ese momento, y comenzó otra, más lenta y sensual.

—Esto va a suponer un aumento de sueldo —dijo Shane echándose hacia atrás—; para los dos.

—Mmm.

Un aumento de sueldo no le habría venido mal, pero ya había tomado una decisión y no iba a echarse atrás.

—Y si consiguiéramos encontrar a nuestra columnista misteriosa y convencerla para que entre a trabajar en plantilla en la revista aumentaríamos nuestro volumen de ventas muchísimo más.

—Shane…

—Lo sé, lo sé —la interrumpió él—, ya sé que hasta ahora no hemos podido encontrarla, pero está ahí fuera, en alguna parte.

—Y no quiere que la encuentren —respondió ella.

Si Shane averiguase que Tess era ella en realidad, que era ella quien había estado escribiendo esa columna cada mes…

—Sí, pero he estado pensando que si le ofreciéramos un puesto fijo quizá lo aceptaría. Podría hacer una sección donde dé consejos, o una sobre cotilleos —insistió él poniéndose de pie, como si de pronto no pudiera quedarse sentado con todas las ideas que bullían en su cabeza—. Los lectores la adoran, Rachel. Es divertida, es inteligente… y eso se transmite en su columna.

Rachel estuvo a punto de darle las gracias, pero contuvo su lengua a tiempo y alargó el brazo para dejar su copa en la mesita.

—¿Por qué es tan importante esto para ti, Shane?

Él se volvió para mirarla, tomó un trago de champán, y sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Lo único que sé es que esa mujer vale, y que no voy a dejarla escapar.

—Pues me temo que no hay mucho que puedas hacer para evitarlo.

Shane le sonrió, y aquella sonrisa, que delataba la confianza que tenía en sí mismo, hizo que Rachel se estremeciera por dentro. Oh, Dios.

—En eso te equivocas, Rachel, porque tú eres mi arma secreta.

—¿Yo?

—Tienes más contactos en la ciudad que el alcalde. Si hay alguien que pueda averiguar quién es esa Tess y encontrarla, eres tú.

—Eh… no, no lo creo.

Shane dejó también su copa en la mesita y tomó a Rachel de la mano para hacer que se pusiese de pie. Rachel, a quien el champán se le había subido a la cabeza, se tambaleó un poco, pero Shane la sostuvo agarrándola por los brazos.

—Rachel, no puedes dejarme en la estacada.

¿En la estacada? ¿Acaso sabía que iba a dejar su trabajo? ¿Cómo podía haberse enterado? Rachel alzó la vista hacia él, y por un instante se perdió en sus ojos.

—Creía que tus ojos eran verdes, pero tienen unas motitas doradas —le dijo en un susurro.

Shane frunció ligeramente el entrecejo, como confundido por el repentino cambio de tema, y frotó distraídamente los pulgares contra las mangas de su blusa.

—¿Ah, sí?

—Sí —asintió ella, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo mejor—. No me había dado cuenta hasta ahora, pero…

—Tus ojos también son verdes —dijo él en un murmullo apenas audible con la música de fondo—; de un verde suave como la hierba.

El corazón de Rachel palpitó con fuerza, y una ola de calor la invadió.

Cuando las manos de Shane descendieron a su cintura, Rachel sintió como si sus dedos fuesen a dejar marca en su piel, aun a través de la tela de la blusa, como un hierro candente.

—Rachel… —susurró Shane.

Sus manos se movieron hacia la espalda de la joven, y contuvo el aliento, mirándola como si no la hubiese visto antes, como si le pareciese la criatura más hermosa sobre la faz de la tierra.

Luego, de pronto, parpadeó, y murmuró:

—Será mejor que…

No. Iba a marcharse. Ya estaba soltándola y dando un paso atrás cuando Rachel se dijo que no podía dejar escapar ese momento, que

no podía dejarlo marchar sin hacerle ver lo que sentía por él.

—… me beses —dijo terminando la frase de él como quería que la terminase.

Se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos, y posó sus labios en los de él, poniéndolo todo en aquel beso con el que había estado soñando durante más de un año.

Capítulo 4

Durante una fracción de segundo, Shane se quedó demasiado sorprendido para reaccionar, pero rápidamente se recobró y respondió al beso.

Los labios de Rachel, suaves y cálidos, sabían a champán. La atrajo hacia sí, rodeándole la cintura, con los brazos y por su mente cruzó media docena de pensamientos en un segundo.

Estaba besando a Rachel… Dios. Estaba besando a Rachel… Y lo más extraño de todo era que la sensación no sólo era increíble, sino que tenía la sensación de que llevase mucho tiempo habiendo querido hacer aquello con ella.

Rachel entreabrió los labios, y Shane deslizó la lengua entre ellos, explorando con sensualidad cada rincón de su boca.

Su hermana Finola llevaba los últimos cinco años picándolo con la supuesta química que decía ver entre su secretaria y él, pero Shane jamás la había escuchado. Nunca había imaginado que entre Rachel y él pudiesen saltar chispas, como estaba ocurriendo en ese momento.

Las manos de Rachel descendieron a su espalda, y mientras subían y bajaban por ella, una ráfaga de deseo sacudió a Shane con la fuerza de un meteorito que hubiera impactado contra la Tierra.

Despegó sus labios de los de ella para tomar aliento, pero no se quedó quieto, sino que imprimió suaves besos en su cuello.

—Shane…

El oírla suspirar su nombre lo excitó aún más, y cuando empezaron a besarse otra vez y los dedos de Rachel se enredaron en su cabello, Shane sintió que estaba perdiendo el control sobre sí mismo. Nunca en toda su vida le había ocurrido algo parecido.

Deslizó las manos por debajo de la blusa de Rachel y le acarició la espalda, maravillándose de la suavidad de su piel.

Cuando volvió a abandonar sus labios para besarla en el cuello de nuevo, ella echó la cabeza hacia atrás, en una invitación muda para que no se detuviera.

—Rachel… —murmuró él contra su piel—. No sé qué está pasando aquí, pero te deseo.

—Yo también te deseo, Shane —contestó ella, suspirando cuando le mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja—. Quiero que me hagas el amor… ahora.

Shane levantó la cabeza y se miró en los ojos verdes de Rachel, oscurecidos por la pasión, antes de mirar en derredor, como si estuviese esperando que apareciese una cama allí en medio por arte de magia.

Si no aparecía se conformaría con el sofá, se dijo. O si Rachel no

quería hacerlo en el sofá, lo harían sobre la alfombra, o contra la pared… o donde fuera.

Pero tenía que ser ya. Necesitaba hacerla suya, enterrar su virilidad dentro de ella y sentir su calor. Quería ver cómo se le nublaba la vista, hacer que se le cortara el aliento y cuando alcanzase el orgasmo gritase su nombre.

—Vamos al dormitorio… —murmuró ella, indicándole la dirección con una mano.

Sin perder tiempo, la alzó en volandas y la llevó allí. Las cortinas estaban corridas, pero eran blancas y de una tela fina que dejaba pasar la luz de la calle, así que no tuvo que molestarse en encender ninguna lámpara.

Dejó a Rachel en el suelo, y ésta parpadeó vacilante cuando se quedó mirándola.

—¿No habrás cambiado de idea, verdad?

—Ni hablar —contestó él alargando las manos hacia el primer botón de su blusa.

En cuestión de segundos los había desabrochado todos y estaba quitándosela para dejarla caer al suelo.

Rachel tragó saliva.

—¿Y tú? —inquirió Shane—. Aún estamos a tiempo de parar.

—¿Estás loco? —le espetó ella dando un paso adelante para rodearle el cuello con los brazos. Luego, mirándolo a los ojos, le dijo —: De esta habitación no sale nadie.

Shane se rió. Aquélla era la Rachel que conocía y admiraba: segura de sí misma, decidida.

—Hace ya mucho tiempo que aprendí a no llevarle la contraria a mi secretaria.

Volvió a besarla y le desabrochó el sujetador. La prenda de encaje cedió a la fuerza de la gravedad, y Rachel acabó de quitársela antes de empezar a desvestirlo a él también.

En un par de minutos los dos estaban desnudos. Shane empujó a Rachel sobre la cama, y los muelles del colchón protestaron al hundirse bajo el peso de ambos.

Shane admiró el hermoso cuerpo de Rachel en la penumbra: senos bien formados, cintura estrecha, caderas redondeadas… Sus manos comenzaron a explorar aquel terreno desconocido al tiempo que empezaban a besarse de nuevo, y pronto Rachel comenzó a revolverse ansiosa debajo de él con la respiración entrecortada.

Shane también estaba cada vez más excitado. Deslizó una mano por el valle entre sus senos, y Rachel se arqueó como un gato.

—Oh, Shane, no pares…

El corazón de Shane palpitó con fuerza, pero cuando su mano alcanzó la unión de sus muslos, Rachel trató de cerrar las piernas.

—¿Rachel? Creí que querías…

—Es que estoy al límite, y no quiero que esto termine tan pronto —le susurró ella con voz temblorosa.

Shane tragó saliva.

—No va a terminarse —la tranquilizó él—; todavía no. Tenemos toda la noche por delante.

Rachel se aferró a sus hombros cuando los dedos de Shane se introdujeron entre los rizos húmedos de su pubis. Jadeó extasiada con las primeras caricias, y pronto el silencio en la habitación se vio roto por sus gemidos cuando aquellos dedos expertos empezaron a entrar y salir. Cuando le sobrevino el orgasmo su cuerpo se tensó como la cuerda de un arco, y luego se estremeció entera antes de desplomarse jadeante sobre el colchón.

Shane, más excitado de lo que se había sentido en toda su vida, la observó fascinado, y se inclinó para besarla en los labios. Quería verla alcanzar otra vez las cumbres del placer; quería oír de nuevo aquella sinfonía deliciosa de suspiros y gemidos. Sin darle tiempo apenas para recuperarse, comenzó a introducir y sacar otra vez sus dedos.

Rachel se sentía como si de un momento a otro fuese a estallar en llamas. Apenas se había disipado su primer orgasmo cuando Shane ya estaba llevándola hacia un segundo. Y, después de lo increíble que había sido el primero, estaba ansiosa por experimentar otro. Se sentía a la vez débil y más viva que nunca.

Se arqueó, y de sus labios escapó un suspiro de satisfacción cuando sus senos se frotaron contra el pecho de Shane. Su mente estaba cada vez más aturdida por las placenteras sensaciones que estaban bombardeándola; apenas podía pensar.

Shane tomó sus labios en un nuevo beso, y su lengua se entrelazó con la de ella en una erótica danza. Rachel le rodeó la cadera con la pierna izquierda, y jadeó dentro de su boca cuando los dedos de Shane llegaron aún más adentro de ella.

—Necesito estar dentro de ti —le susurró éste, despegando sus labios de los de ella para mirarla.

—Yo también te quiero dentro de mí, Shane.

—Pero… nos hace falta un preservativo —murmuró él, mordiéndola y besándola en el cuello.

—Un… preservativo… Es verdad —balbució Rachel aturdida.

Y ella sin un sólo preservativo en toda la casa. No, no podía estar ocurriendo aquello. ¡Justo cuando por fin su sueño estaba haciéndose realidad! Estaba a punto de chillar de pura frustración cuando recordó que estaba tomando la píldora. Casi se echó a reír. ¿Cómo podía haberse olvidado de algo así?

—No hace falta; tomo anticonceptivos. Si no tienes nada contagioso…

—Estoy más sano que una manzana —le aseguró él.

—Yo también.

—Pues entonces… ¿a qué estamos esperando? —le susurró él, colocándose entre sus muslos.

Rachel asintió, y ahí terminó la conversación.

Cuando Shane se introdujo en su interior se le cortó el aliento, y se arqueó hacia él al tiempo que éste comenzaba a mover las caderas.

Cada centímetro de él se hundió hasta lo más profundo de su ser, y cuando se retiraba, era sólo para volver a deslizarse dentro de ella, haciendo a Rachel gemir extasiada.

Aquello era todo cuanto había soñado, todo cuanto había deseado, y más.

Sus caderas subían y bajaban al ritmo que marcaban las de él, y cuando sintió que estaba llegando al clímax, pronunció su nombre en voz alta, necesitando convencerse de que aquello era real.

—¿Shane?

—Deja que te haga mía, Rachel —le susurró él con voz ronca—. Quiero hacerte mía una y otra vez.

Rachel alcanzó el orgasmo con un intenso gemido, y en la bruma difusa del placer lo oyó gritar su nombre para desplomarse luego sobre ella.

Un caleidoscopio de colores giraba todavía tras los párpados cerrados de Rachel cuando sintió que Shane se apartaba de ella.

—¿Te marchas? —le preguntó, entre decepcionada y aturdida, al abrir los ojos y ver que estaba bajándose de la cama.

Shane le dirigió una de esas sonrisas que hacían que le temblasen las rodillas, y Rachel se alegró de estar tumbada.

—Sólo voy al salón; a por el champán.

—Ah. Buena idea.

Shane se inclinó para besarla en los labios y salió de la habitación. Los ojos de Rachel lo siguieron, deleitándose en aquel físico tan perfecto, y sólo cuando se estiró perezosa se dio cuenta de que acababan de hacer el amor sobre la colcha de *patchwork* de su abuela. Contrajo el rostro, bajó al suelo para ponerla doblada en una silla, y apartó las sábanas antes de volver a subirse a la cama.

Se sentía maravillosamente relajada y feliz, pero justo cuando estaba pensando eso, otro pensamiento acudió a su mente: acababa de hacer el amor con su jefe. Dios, ¿cómo iba a ser capaz de mirarlo a la cara en la oficina sin recordar lo increíble que era en la cama?

No quería preocuparse por eso; no en ese momento. Tendría tiempo de sobra para torturarse más adelante, decidió cerrando los ojos y exhalando un suspiro. Iba a disfrutar de esa noche.

De pronto algo frío, como un líquido, cayó sobre sus senos, y al abrir los ojos vio a Shane de pie junto a la cama, con la botella de

champán en la mano.

—Shane, ¿qué…?

Él se limitó a sonreír y vertió otro poco de champán sobre su pecho antes de dejar la botella sobre la mesilla de noche y subirse a la cama con ella.

—Es que estoy sediento —le dijo.

Inclinó la cabeza, y tomó en su boca primero un pezón y luego el otro, trazando círculos con la lengua en torno a ellos, para luego succionar suavemente. Las manos de Rachel se aferraron a la funda del colchón debajo de ella, y cuando Shane levantó la cabeza tuvo que contenerse para no emitir un gemido de protesta.

Sin embargo, parecía que Shane no había acabado con ella.

—Todavía tengo sed —murmuró, alargando el brazo para alcanzar la botella.

Con cuidado, derramó otro poco de champán sobre sus senos, y el reguero descendió hasta su ombligo.

Rachel se estremeció, pero no por lo frío que estaba el champán, sino de excitación. De hecho, la sorprendió que el líquido no hubiese salido hirviendo al entrar en contacto con su piel, ardiendo como estaba por dentro.

—Shane…

—Y un sorbo para ti también —murmuró él, levantándole la cabeza y acercándole la botella a los labios.

Rachel tomó un largo trago antes de incorporarse y besarlo.

—¿Lista para continuar? —le preguntó Shane dejando de nuevo la botella sobre la mesilla.

—Ya lo creo —respondió Rachel alargando los brazos para atraerlo hacia sí.

Sin embargo, Shane tomó sus manos y sacudió la cabeza.

—Será mejor que busques algo a lo que agarrarte.

Bajó la cabeza a sus senos de nuevo, y Rachel siguió su consejo, asiéndose con ambas manos al cabecero de la cama, al que se aferró mientras Shane comenzaba a succionarle otra vez los pezones para luego ir descendiendo, lamiendo de su piel el reguero de champán hasta llegar al ombligo, donde se había formado un pequeño charco.

Rachel aspiró jadeante, farfulló su nombre, y se aferró aún con más fuerza al cabecero. Dios, estaba ardiendo; el calor que sentía en su interior era tal que tenía la sensación de que iba a estallar en llamas en cualquier momento.

Shane se arrodilló entre sus piernas, y Rachel sonrió, ansiosa por que volviera a hacerla suya. Sin embargo, Shane le tenía reservada otra sorpresa.

Deslizando las manos por debajo de sus nalgas, le levantó las caderas con una sonrisa traviesa.

Rachel parpadeó sorprendida.

—Shane…

—Agárrate bien, Rachel —le susurró él—. Esto está a punto de ponerse movido.

Capítulo 5

Cuando la boca de Shane descendió sobre la parte más íntima de su cuerpo, Rachel gimió su nombre. No podía apartar sus ojos de él, ni pensar en otra cosa que no fuera la sensación de las manos de Shane bajo sus nalgas, y de su boca devorándola.

Mientras que fuera nevaba y los bordes de los cristales estaban cubiertos de escarcha, a Rachel le sorprendía que dentro no saliese vapor de la cama.

La lengua de Shane pasaba una y otra vez sobre sus pliegues húmedos, haciéndola sentirse más y más acalorada por momentos y aturdiendo su mente.

No estaba segura de poder aguantar mucho más. Necesitaba tenerlo dentro de ella; ya.

—Shane… —lo llamó con la voz ronca por la excitación—. Shane, te necesito…

Él no se hizo de rogar. La soltó y se colocó sobre ella.

—Yo también te necesito —le dijo en un susurro.

Y, con esas palabras, le rodeó la cintura con los brazos y rodó sobre el costado llevándola con él, de modo que Rachel quedó a horcajadas sobre él.

La joven lo miró a los ojos y descendió sobre su miembro erecto. Shane emitió un gemido ahogado al hundirse en ella. Parecía una diosa con el cabello rubio cayéndole sobre los hombros, y una sonrisa seductora en los carnosos labios.

Algo que iba más allá del deseo sacudió de pronto a Shane, pero incluso aquello pasó a un segundo término cuando Rachel levantó las caderas y volvió a descender sobre él con un suspiro de profunda satisfacción, antes de establecer un ritmo lento.

Shane subió los brazos para tomar sus senos y masajearlos, para luego tirar suavemente de los pezones endurecidos con el pulgar y el índice de cada mano.

Rachel jadeó, y aquel sonido hizo que una tremenda ráfaga de calor invadiera a Shane, que bajó las manos a sus caderas y la ayudó a moverse más deprisa.

Al mismo tiempo se arqueó hacia ella, adentrándose más en su interior, y pronto la sintió estremecerse con los primeros acordes del orgasmo. Cerró los ojos, y echó la cabeza hacia atrás gritando su nombre.

Justo en ese momento Shane explotó también, y se dejó arrastrar por el placer, estrechando a Rachel entre sus brazos cuando ésta se derrumbó sobre él.

Rachel se despertó un par de horas más tarde. Cuando abrió los

ojos se encontró mirando al suelo. Estaba acurrucada al borde del colchón, y Shane le había robado toda la manta.

¿Sería aquello una señal? Se bajó de la cama y fue al armario a por su bata. Se la puso y, después de anudarla en la cintura, miró a Shane, en el centro de la cama, que seguía dormido.

Debatiéndose entre lo increíble que había sido lo que habían compartido, y la preocupación por cómo podría volver a mirarlo a la cara en la oficina, Rachel se mordió el labio mientras calibraba las posibles consecuencias.

No era tan tonta como para creer que aquello había significado algo para Shane. Sí, lo que había ocurrido entre ellos había sido algo mágico, pero no estaba enamorado de ella. Lo que no alcanzaba a imaginar era por qué…

«Basta», se reprendió. No iba a ponerse a darle vueltas. Ya era demasiado tarde para arrepentirse; para dar marcha atrás.

Además, la verdad era que no se arrepentía en absoluto.

Salió del dormitorio, se detuvo un momento en el salón para apagar el equipo de música, y entró en la cocina.

Por la ventana entraba luz de la calle, así que no se molestó en encender la luz. Puso agua en la cafetera y café en el filtro. Luego pulsó el botón, y se quedó allí de pie, en la penumbra, mirando por la ventana mientras el olor a café inundaba el aire. Todavía se sentía un poco como en una nube, pero por otro lado no podía disfrutar del recuerdo de lo que habían compartido esa noche porque sabía que a la luz del día todo cambiaría entre ellos.

Regresó al dormitorio sin hacer ruido, y se quedó en el umbral de la puerta observando a Shane, que seguía dormido.

Al sentir una punzada en el pecho se dio cuenta de que el acostarse con él no había hecho sino intensificar sus sentimientos, y se preguntó qué diablos se suponía que iba a hacer.

¿Cómo podría volver a mirarlo a los ojos, sabiendo lo que era estar en sus brazos, y al mismo tiempo hacer como que no quería que aquello ocurriese otra vez?

¿Cómo podría hablar con él siquiera en la oficina sin recordar sus besos, sus caricias?

—Buenos días.

Al oír la voz de Shane, enronquecida por el sueño, Rachel dio un respingo.

—No sabía que estabas despierto.

Shane se incorporó, apoyándose en los codos, y la colcha y la sábana se deslizaron hasta su cintura, dejando su torso desnudo al descubierto.

—Me ha despertado el olor a café.

Rachel, que casi había esperado que se hubiese despertado porque

había intuido su presencia, se sintió como una tonta. No había una conexión especial entre ellos ni nada parecido, por amor de Dios.

—Si quieres un poco ya debe estar hecho.

—Gracias. Enseguida iré.

¿Era así como iban a ser las cosas entre ellos a partir de entonces?, se preguntó Rachel. ¿Iban a tratarse con esa correcta frialdad, como dos extraños?

Asintió en silencio, y salió de la habitación. Volvió a la cocina y encendió la luz.

Shane apareció unos minutos después, ya vestido, y con la chaqueta colgando del índice sobre su hombro. La colgó del respaldo de una silla, y tomó la taza de café que Rachel le ofreció.

—Gracias.

—No hay de qué.

Qué dignos estaban los dos, cuando sólo un par de horas antes habían estado devorándose el uno al otro, pensó Rachel.

—Está muy bueno —dijo él después de tomar un sorbo de café.

Rachel se cerró un poco más la bata. Se sentía en desventaja cuando él estaba con su traje y ella… bueno, ella no llevaba nada debajo de la bata. Para disimular su incomodidad, tomó un sorbo de la taza que se había servido antes de preguntarle:

—Bueno, ¿y cuándo va a darles tu padre la noticia a los demás?

—En la fiesta de Nochevieja que celebran cada año en The Tides —respondió él.

—Pero imagino que la voz se correrá mucho antes.

—Probablemente —asintió él con una media sonrisa.

—Seguro que estás deseando que se enteren tus hermanos y tu hermana.

—Por supuesto; y tú también deberías.

Rachel se echó hacia atrás para apoyarse en el borde de la encimera.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Pues… porque somos un equipo —contestó él bajando la vista a su taza.

Se hizo un silencio tenso hasta que finalmente Rachel respondió.

—No somos un equipo, Shane; simplemente trabajo para ti.

Él alzó de nuevo la mirada hacia ella.

—Bueno, sí, pero…

—Shane, yo… —lo interrumpió Rachel. Se aclaró la garganta, dejó la taza sobre la encimera, y se metió las manos en los bolsillos de la bata—. Lo que ocurrió anoche entre nosotros…

—Fue un error, lo sé —la cortó él a su vez, dejándola boquiabierta.

—Vaya. Desde luego no puede decirse que no seas sincero.

Shane dejó su taza en la mesa y resopló.

—Fue culpa mía —le dijo en un tono frustrado—. Y no debería haber pasado. Lo que quiero decir es que… Dios, Rachel, trabajas para mí.

—Sí, es verdad, trabajo para ti —asintió ella, esforzándose por mantener la calma para que no le temblara la voz—, pero soy capaz de tomar decisiones por mí misma, y lo que hicimos anoche fue tanto por decisión tuya como mía.

Shane resopló de nuevo y se pasó una mano por el cabello.

—Está bien, sí, los dos estuvimos de acuerdo en hacerlo, pero yo debería haberlo parado.

Rachel dejó escapar una risa incrédula.

—Oh, claro. El hombre sereno y cabal tiene que hacer entrar en razón a la mujer, que es una cabeza hueca que se deja llevar por sus impulsos, ¿no?

Shane apretó la mandíbula.

—No es eso lo que quería decir.

—Pues yo no estoy tan segura.

De lo único de lo que estaba segura en ese momento era de que quería que se marchase antes de que acabase haciendo algo realmente estúpido, como echarse a llorar.

Aquello sería el broche de oro, se dijo con ironía. Acostarse con su jefe y a la mañana siguiente salir llorando delante de él.

Shane miró su reloj de pulsera.

—Creo que deberíamos dejar esta conversación para otro momento —le dijo.

—Sí, supongo que sí —murmuró ella sin mirarlo.

—Será mejor que me marche.

—Sí, será lo mejor —contestó Rachel como un autómata.

«¡Lárgate de una vez!», estaba gritando por dentro; «vete antes de que no pueda contener más las lágrimas».

Dios, se sentía como una idiota. La culpa de todo aquello la tenía ella. Era ella quien lo había besado. ¿Cómo podría haberla rechazado él después de aquello? Habría sido demasiado embarazoso para él, así que por supuesto se había acostado con su secretaria, a la que, pobre, se había encontrado en casa sola y sin mejor plan que sentarse delante del televisor a atiborrarse de helado.

Justo con lo que soñaba cualquier mujer; que el hombre de sus sueños sintiese lástima de ella.

Shane tomó la chaqueta, se la puso, y cuando la miró, Rachel vio preocupación en sus ojos y sintió de nuevo una punzada en el pecho. ¿Acaso preocuparse no era casi como sentir lástima?

—Bueno, pues… nos vemos en la oficina.

Rachel alzó la barbilla y tragó saliva, en un intento por deshacer el nudo que se había formado en su garganta.

—Claro. Puede que llegue un poco tarde porque…

—No pasa nada —la interrumpió él—. Puedes entrar más tarde si te hace falta. De hecho, tómate la mañana libre y ven por la tarde.

Parecía que no tenía muchas ganas de verla en la oficina.

—Bien. Pues hasta luego.

Shane asintió y se quedó mirándola un momento, como si quisiese decir algo más, pero se quedó callado. Luego salió de la cocina, y unos minutos después Rachel oyó el ruido de la puerta cerrándose detrás de él.

Shane llevaba toda la mañana intentando concentrarse en el trabajo, pero no le estaba resultando fácil porque cada vez que pasaba por delante de la mesa de Rachel y la veía vacía, recordaba por qué no estaba allí.

Claro que si estuviese allí sería aún peor, porque sería realmente embarazoso tener que pasar por delante de ella después de lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior. Qué estúpido había sido. ¿En qué había estado pensando?

La verdad era que no había pensado en nada; simplemente se había dejado llevar por las increíbles sensaciones que lo habían invadido al sentir los labios de Rachel sobre los suyos, sus brazos en torno a su cuello…

Masculló una palabrota entre dientes y se pasó una mano por el cabello, diciéndose que tenía que dejar de recordar cada minuto de la noche anterior.

Sin embargo sabía que era imposible; sería como proponerse dejar de respirar.

Shane giró su sillón hacia la ventana. Fuera nevaba, y estaba previsto que nevara aún más en los días siguientes. Fuera la gente iba con prisa, huyendo del frío.

Era el final de un largo año, durante el cual los Elliott habían estrechado lazos y él se había ganado el puesto de presidente de la empresa familiar.

En ese momento debería estar feliz; debería estar celebrándolo, pero en vez de eso se sentía como si hubiese perdido algo importante.

—¡Una catástrofe!, ¡es una catástrofe!

Shane giró de nuevo su sillón y se encontró con Jonathon, que había entrado sin llamar.

—¿Qué ocurre?

—Nada; sólo que mi idea para la edición especial del Cuatro de Julio acaba de irse a freír espárragos —exclamó Jon lanzando los brazos al aire en un gesto melodramático.

Estupendo; trabajo; algo en lo que concentrarse para poder dejar de pensar en Rachel, se dijo Shane.

Se cruzó de brazos y miró a Jon, que se había puesto a andar

arriba y abajo.

—¿Qué ha pasado?

—Que mi reina, la estrella de esa edición especial, Leticia Baldwin… oh, Shane, es una tragedia.

Letty Baldwin era una joven promesa del cine; una chica con talento además de una belleza.

—¿No quiere hacerlo?

—No, si sí que quiere, pero es que para esas fechas estará de siete meses —gimió Jon, dejándose caer en una silla frente a Shane. No podrá posar con un bikini blanco, rojo, y azul como teníamos pensado. Esto es un desastre, Shane. Mi estrella, mi…

—Tu reina, ya.

—Es una tragedia —repitió Jon inclinándose hacia delante.

Shane se echó a reír, y Jon lo miró furibundo.

—Me alegra que te divierta la situación.

—Lo siento —se disculpó Shane levantando ambas manos para apaciguarlo—. Escucha, Jon: ¿por qué no lo haces ahora?

—¿Cómo?

—Las fotos para la edición especial —le respondió Shane pacientemente—. Haz esas fotos ahora y así no tendrás que preocuparte de lo embarazada que esté tu estrella en esas fechas.

De pronto Jonathon vio el cielo abierto.

—Claro… podríamos hacer eso.

—Siempre y cuando a ella no le venga mal, no veo por qué no.

—Claro que Sandy se pondrá de uñas cuando le diga que tendremos que pagar a Letty Baldwin por adelantado para esa edición —murmuró Jonathon, sin poder reprimir una sonrisa traviesa—. Ya está que se sube por las paredes con lo que llevamos gastado este trimestre.

—Yo me ocuparé de Sandy —le dijo Shane, anotándose mentalmente hablar con ella para que no hubiera problemas.

—No sabes cómo te lo agradezco, Shane —le dijo Jon levantándose y frotándose las manos—. Ésta, mi rey, es la razón por la que estáis al mando —añadió con mucha pompa.

Shane se rió mientras lo veía salir de su despacho, y deseó para sus adentros que todos sus problemas pudieran resolverse con esa facilidad.

Capítulo 6

Mientras se dirigía al despacho de Shane con una taza de café para él, Rachel se preparó mentalmente para «enfrentarse» a él.

Después de haber estado dándole vueltas a la noche anterior durante tres horas mientras adecentaba la casa, finalmente había decidido ir a la oficina para quitarse aquello de la cabeza, y había sido una buena idea, porque había estado tan ocupada que no había visto a Shane desde que había llegado.

Sin embargo, eran las cuatro y media de la tarde, y a las cuatro y media de la tarde siempre le llevaba una taza de café mientras repasaban los informes del día y las citas que tenía para el día siguiente.

Era una rutina, pero en los últimos años había llegado a esperar con impaciencia ese momento del día porque era una oportunidad para relajarse un rato con el hombre al que amaba.

Claro que en esa ocasión en particular no iba a ser nada relajante.

Se sentía como si cada uno dé los nervios de su cuerpo estuviese tensado al límite.

Cuando se acercó a la puerta abierta del despacho, Shane, que estaba sentado en su escritorio leyendo unos papeles, alzó la vista y esbozó una sonrisa algo forzada.

—Pasa, Rachel.

Rachel entró y dejó la taza de café sobre el escritorio. La tensión que flotaba en el ambiente era tal, que parecía que de un momento a otro fuese a desatarse una tormenta eléctrica.

—¿Cómo estás? —le preguntó Shane.

—Estoy bien, gracias —mintió Rachel—. ¿Y tú?

Shane alargó el brazo hacia la taza de café, pero en vez de tomarla, acarició el asa con las yemas de los dedos.

Los ojos de Rachel siguieron aquel movimiento, y sintió que una ola de calor la invadía al recordar cómo esos mismos dedos la habían acariciado a ella la noche anterior.

—Yo estoy preocupado —respondió él finalmente.

—¿Preocupado por qué?

Shane frunció el ceño.

—Por nosotros; por nuestra relación laboral.

Rachel bajó la vista dolida.

—Lo que pasó anoche no tiene por qué cambiar nuestra relación laboral, Shane.

—Ya —dijo él. Se puso de pie y se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Así que no hay ningún problema y todo es perfectamente normal.

—Exacto.

Shane resopló.

—¿Y entonces por qué hoy no me estás azuzando?

—¿Perdón?

—Rachel, en un día normal habrías entrado aquí como un vendaval, con esa libreta que parece que tengas pegada a la mano, y estarías leyéndome la lista de reuniones a las que tengo que asistir, avisándome de a cuáles no puedo faltar, a quién tengo que llamar, qué tengo que decir…

—Lo siento; no tenía ni idea de que era tan pesada.

—Vamos, Rachel. sabes a qué me refiero —le dijo Shane irritado, rodeando la mesa—. Ésa es la razón por la que formábamos tan buen equipo. Tú me mantenías centrado, y ahora tengo la impresión de que eso se ha echado a perder. ¿Cómo voy a concentrarme con la tensión que hay entre nosotros?

Rachel se había propuesto esa mañana mostrarse profesional pero distante, tratar de actuar como si lo que había pasado entre ellos la noche anterior no hubiese ocurrido, pero ahora que Shane había sacado el tema no podía permanecer callada.

—Mira, no eres el único que se siente incómodo, ¿de acuerdo? —le espetó—. Tener que mirar a tu jefe a la cara después de que te haya visto desnuda no es algo que ocurra todos los días.

Shane contrajo el rostro.

—Yo podría decir lo mismo.

—Sí, pero desde mi posición la situación es un poco más comprometida, ¿no crees?

—¿Y eso por qué?

Rachel soltó una risa incrédula.

—Por amor de Dios, Shane, piensa un poco. ¿Qué crees que diría la gente si se supiera? La secretaria en la cama con el jefe.

—Perdona, pero lo que pasó anoche no significa que tengamos un romance ni nada parecido —le dijo él—. De hecho creía que los dos estábamos de acuerdo en que lo de anoche no debería haber ocurrido en absoluto.

—No hace falta que lo repitas cien veces. Ya me quedó muy claro esta mañana que para ti fue un error.

—¿Y acaso no es así?

Rachel apretó los puños, clavándose las uñas en la carne. Sí, claro que había sido un error. ¿Por qué entonces no podía arrepentirse de que hubiera ocurrido?

—Por supuesto que sí.

Por un instante le pareció ver decepción en los ojos de Shane, que asintió con un suspiro y le dijo:

—La cuestión es si podemos superar esto; si podemos olvidar lo

que ocurrió anoche y hacer que las cosas vuelvan a ser como antes.

—No lo sé —contestó ella con sinceridad después de una larga pausa—. Quiero creer que sí.

Shane se sentía más confuso que nunca. Había dicho que lo que había ocurrido entre ellos había sido un error, pero la verdad era que no se arrepentía de que hubiera ocurrido.

¿Cómo podría arrepentirse de algo tan increíble como lo que había compartido con Rachel?

¡Si ella supiera que no había podido dejar de pensar en ella, y que le estaba costando horrores controlarse para no atraerla hacia sí y besarla hasta dejarla sin aliento!

Si hiciera eso, sin embargo, no conseguiría sino complicar aún más las cosas.

—Rachel, no quiero que se eche a perder nuestra amistad.

—Me temo que ya es un poco tarde para intentar salvarla —murmuró ella con tristeza.

—Lo siento, pero me niego a aceptar eso.

Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas, y Shane contuvo el aliento, rogando por que no llegaran a rodar por sus mejillas. Nada en el mundo podía hacerle sentirse más ruin que el ver llorar a una mujer fuerte como Rachel.

Como si hubiese intuido sus temores, Rachel parpadeó para contener las lágrimas.

—Pues tendrás que aceptarlo antes o después, Shane —le dijo sacudiendo lentamente la cabeza—. Si queremos salvar nuestra relación laboral tendremos que empezar por aceptar los hechos. No somos amigos, y tampoco somos amantes. Si quieres que te sea sincera ya no estoy segura de saber qué es lo que somos.

Después del trabajo a Shane lo que menos le apetecía era irse a casa solo, pero tampoco estaba de humor para llamar a un amigo. No podía dejar de darle vueltas a la conversación que había tenido con Rachel en su despacho.

Salió del edificio de EPH, y echó a andar calle abajo por la concurrida acera con la cabeza agachada para protegerse el rostro del frío viento de diciembre.

No estaba seguro de hacia dónde se dirigía; sólo sabía que no quería ir a casa.

Con las manos en los bolsillos, dejó vagar su mirada mientras las palabras de Rachel seguían resonando en su mente, hasta que al llegar a un cruce en una esquina, sus ojos se posaron en Hannigan's, un pub irlandés que frecuentaba a menudo.

Era un sitio acogedor, con buen ambiente, y Shane se dijo que quizá le viniese bien entrar a tomar una cerveza.

Al entrar lo saludó un calor agradable, y el ruido de las

conversaciones y de la música celta que sonaba de fondo. Se quitó la chaqueta, la colgó en una de las perchas que había junto a la puerta, y zigzagueó por entre las mesas en dirección a la barra.

Cuando llegó, apoyó los codos en ella, y espero a que se le acercara un camarero para pedir una Guinness.

Poco después le sirvieron la cerveza, y Shane tomó un sorbo antes de volverse para echar un vistazo por las mesas, por si hubiera algún rostro conocido, y una sonrisa acudió a sus labios al ver en un rincón a su sobrino Gannon, hijo de su hermano Michael, que le sonrió también y le hizo un gesto para que fuera a sentarse con él.

A sus treinta y tres años Gannon era sólo cinco años más joven que Shane, así que más que tío y sobrino, eran como amigos el uno para el otro.

—No esperaba encontrarte aquí —le dijo Shane mientras tomaba asiento.

Gannon se encogió de hombros.

—Erika quería ir a hacer unas compras de Navidad, y a mí me apetecía más venir aquí y pasar un rato tranquilo.

—Las compras de Navidad… No me lo recuerdes. Yo todavía no he empezado.

—¿Quieres un consejo? —le dijo Gannon levantando su jarra de cerveza para tomar un trago—. Cásate. Resulta que a las mujeres les encanta ir de compras.

Shane sonrió, tanto por lo ridícula que se le antojaba la idea de casarse, como por el cambio que se había producido en su sobrino desde que se había casado.

—¿Y qué me dices de ti? —le preguntó Gannon—. ¿Cómo es que estás aquí y no con esa chica… esa Amber o Brownie, o como se llame?

Shane frunció el entrecejo al pensar en la mujer con la que se suponía que tendría que haber cenado la noche anterior.

Seguía sin conseguir acordarse de su condenado nombre. Si hubiera acudido a la cita no habría ocurrido lo que había ocurrido con Rachel, y en ese momento no estaría teniendo los problemas que estaba teniendo.

—¿Cómo diablos se llama? —se preguntó en voz alta con fastidio —. En fin, es igual. El caso es que no estoy de humor para mujeres.

Gannon se rió.

—¿Tú? ¿Que no estás de humor para estar con una mujer preciosa? A ver si es que tienes fiebre o algo así.

—Muy gracioso —masculló él antes de tomar un sorbo de su Guinness.

—No pretendía ser gracioso —replicó Gannon—. ¿Va todo bien? —le preguntó mirándolo suspicaz—. Pensaba que estarías loco de

contento; he oído que vas a ser el próximo presidente de la compañía.

Shane alzó la vista sorprendido.

—¿Quién te lo ha dicho?

Gannon se echó a reír.

—¿Acaso hay alguien que no lo sepa ya? Todos nos imaginábamos que serías tú quien ganaría cuando se supieron las cifras de contabilidad del tercer trimestre. Te lo merecías con creces; felicidades.

Shane se sentía orgulloso, pero en ese momento ni siquiera aquello podía hacerle olvidar lo mal que se sentía por lo de Rachel.

—Gracias. Claro que ha sido un trabajo de equipo. Todos los miembros de la redacción de *The Buzz* se han dejado la piel en esto.

—Cierto, pero no has respondido a lo que te he preguntado antes —le recordó su sobrino—. ¿Va todo bien? No te veo muy feliz que digamos.

—Es una larga historia.

—¿Te parece que tenga prisa?

Shane se rió.

—No, la verdad es que no. Está bien, pero antes de eso… ¿Cómo está tu madre?

Desde principios de año, Karen, la madre de Gannon y cuñada de Shane, había estado luchando contra un cáncer de mama. Después de una mastectomía doble y quimioterapia, su familia tenía esperanzas de que hubiera vencido a la enfermedad.

Gannon sonrió.

—Está bien; estupendamente, de hecho —respondió—. Papá no la ha dejado sola ni un instante en todos estos meses. Es una maravilla verlos así. Es como si… bueno, como si se estuviesen redescubriendo el uno al otro.

—Me alegro.

—Sí, yo también. Bueno, y ahora… ¿vas a contarme por qué estás tan alicaído? —le insistió Gannon.

La verdad era que Shane no quería hablar de eso, pero en cierto modo su sobrino era probablemente una de las pocas personas que podrían comprenderlo.

Erika, su mujer, y él, se habían conocido en el trabajo, y por supuesto aquello había causado bastante revuelo, pero finalmente habían decidido darle una oportunidad a su relación sin preocuparse por lo que pudiesen pensar los demás, y parecían muy felices juntos.

—Antes de que entremos en eso… —comenzó Shane—… quería preguntarte si cuando Erika y tú… en fin sobre vuestro…

—¿Romance?

—Sí… eso —asintió Shane frotándose la nuca—. Cuando empezó vuestro romance… ¿os resultaba incómodo seguir trabajando juntos?

—Bueno, no puedo decir que fuera fácil —contestó Gannon—, pero fue una elección que hicimos los dos.

—¿Así que no fue un problema para vosotros el seguir trabajando juntos aun después de… ya sabes?

Gannon se rió.

—Si te refieres a si era capaz de estar con ella en la oficina y no pensar en lo increíble que era en la cama, la verdad es que no. Pero lo sobrellevamos… durante un tiempo, como sabes.

Sí, Shane sabía lo difícil que había sido aquello para él. Gannon era una de las personas más reservadas que conocía, y la sola idea de que la gente pudiese cuchichear de él a sus espaldas era algo que no podía tolerar. Por eso, cuando habían empezado a correr rumores sobre su romance con Erika, había decidido cortar su relación con ella. Erika había dejado su puesto en EPH poco después, y a Gannon le había costado mucho convencerla para que volviera.

Le había llevado tiempo, pero finalmente Gannon se había dado cuenta de lo mucho que Erika significaba para él, y no sólo se habían casado, sino que además estaban a una semana de convertirse en padres por primera vez.

—¿Cómo está llevando Erika estas últimas semanas del embarazo? —le preguntó Shane.

—Oh, ella lo lleva muy bien —respondió Gannon—; soy yo el que salta cada vez que hace un ruido, pero el médico ha dicho que si el lunes próximo no da a luz le inducirán el parto —añadió—. Y ahora… ¿vas a dejar de irte por las ramas y a contarme qué es lo que te pasa, o piensas tenerme aquí toda la tarde esperando? —lo instó su sobrino, que estaba empezando a perder la paciencia.

Shane suspiró y se pasó una mano por el rostro antes de contestar entre dientes.

—Pues la cosa es que… me parece que he hecho algo realmente estúpido.

—¿Se trata de Rachel?

Shane parpadeó.

—¿Has dicho eso por decir, o es qué ya corren rumores?

—No hay ningún rumor —replicó Gannon antes de tomar un trago —. Es sólo que Fin siempre estaba diciéndome que Rachel era perfecta para ti pero que estabas demasiado tonto como para darte cuenta.

—Vaya. Es maravilloso saber que la familia lo quiere tanto a uno —masculló Shane con ironía.

Gannon se rió.

—Eh, te queremos aunque seas un tonto.

—Pues menudo consuelo.

—En fin, volviendo a lo que estábamos hablando, ¿me equivoco al pensar que las cosas no van muy bien ahora que tu relación con

Rachel ha… cambiado?

—Más o menos —asintió Shane con un suspiro—. Es que ya no sé ni qué decirle.

—Mira, Shane. Yo casi perdí a Erika por comportarme como un idiota, así que no creo que sea quién para aconsejarte.

—Sí, pero aunque te comportaras como un idiota estabas enamorado de ella —reconvino Shane.

—¿Y tú no estás enamorado de Rachel?

¿Enamorado? Shane ni siquiera se había planteado jamás que pudiera llegar a enamorarse. En las relaciones que había tenido nunca había buscado nada serio. Rachel no había sido una mujer más en su lista de conquistas, pero de ahí a que sintiera algo por ella… ¿Podía ser que sintiera algo por ella?

—Y yo qué sé —farfulló frustrado.

Capítulo 7

El helado, aunque fuera de chocolate, era un pobre sustituto del sexo con Shane, pero ya que era lo único que tenía, Rachel había decidido darse el gusto.

Estaba acurrucada en su viejo sofá, y mientras se metía una cucharada tras otra en la boca, intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta, en la televisión, que estaba encendida pero sin voz, estaban poniendo una película en blanco y negro.

—Soy una idiota —masculló entre dientes antes de lamer la cuchara.

Si tuviese un mínimo de orgullo esa noche estaría fuera, haciendo compras navideñas, o cenando con una amiga… lo que fuera en vez de quedarse en casa pensando en Shane.

Dejó escapar un suspiro y miró en derredor. No había puesto todavía ni un solo adorno, y aquello no era habitual en ella. Le encantaba la Navidad, y nada le gustaba más que sacar todos los adornos que tenía cuando llegaba esa época del año.

Volvió a meter la cuchara en el envase de helado, pero justo en ese momento sonó el teléfono. Estaba tan desesperada por oír una voz que no fuera la suya, que ni siquiera miró el número en la pantalla.

—¿Diga?

—¡Cariño!, ¡cómo me alegra encontrarte en casa! —exclamó la voz de su madre, Celeste, al otro lado de la línea.

Rachel puso los ojos en blanco. Quería a su madre, pero cada año, al llegar esas fechas su madre empezaba a atosigarla con que se le iba a pasar el momento. Estaba decidida a verla casada; sobre todo después de que su hermana pequeña, Rita, se hubiese casado hacía un par de años.

Rita siempre había sido la favorita de su madre, que estaba como loca con que estuviese embarazada… y de gemelos, además.

De hecho, aunque ella se quedase embarazada en ese momento, Rita encontraría la manera de superarla.

Por un momento Rachel se permitió fantasear con aquella idea: una noche de pasión con Shane y un bebé para recordarla toda la vida. Al menos habría sido algo, pero era imposible. Estaba tomando la píldora.

—Rita fue esta mañana a que le hicieran una ecografía, y me dejó que la acompañara, ¿sabes? —estaba diciéndole su madre—. Y, oh, Dios mío, ¡ha sido tan emocionante! Y Jack, el marido de Rita, es tan encantador.

Rachel puso los ojos en blanco otra vez.

—Me dio un abrazo y me llamó abuelita, allí, en la consulta del

médico. ¿No es un encanto?

«Un pelota es lo que es», pensó Rachel.

—Ya lo creo. Rita es tan… afortunada.

—Oh, sí que lo es. Y yo no podía dejar de llorar. Es que me emociona tanto que mi pequeña ya sea una mujer y vaya a formar su propia familia…

Rachel bajó la vista al envase de helado y frunció el ceño con fastidio al ver que sólo quedaban un par de cucharadas. Diablos. Tenía que haber estado mejor preparada sabiendo como sabía que su madre llamaba siempre los miércoles por la noche. Tendría que haberse llevado al salón otra tarrina de helado.

—Lo sé, mamá.

—Y Rita está pensando en ponerle mi nombre a uno de los bebés… si uno de ellos es niña, claro está.

Genial. Justo lo que el mundo necesitaba; otra Celeste.

—¿Y tú qué te cuentas, cariño? ¿Hay algo de nuevo?

Rachel dio gracias en silencio porque su madre estaba a kilómetros de distancia en Connecticut. Si hubiese estado allí con ella, con sólo mirarla habría adivinado que le pasaba algo, y no habría parado hasta sonsacarla.

—No, lo de siempre; nada de nuevo —contestó ella rápidamente.

—¿No? Oye, ¿te dije que Will, el nieto de Margie Fontenot, va a venir estas Navidades a la ciudad?

Oh, Dios. Rachel ya sabía lo que venía a continuación. Otra vez iba a intentar hacer de casamentera. Frenética, Rachel rebañó con la cuchara el poco helado que quedaba en la tarrina.

—¿Ah, sí?

—Sí, eso me han dicho. ¿Y sabías que es médico?

Estupendo. El sueño dorado de Celeste Adler: casar a una de sus hijas con un médico.

—Pues no, no tenía ni idea —murmuró Rachel levantándose del sofá.

Mientras su madre seguía enumerándole las virtudes del tal Will, Rachel fue a la cocina y buscó por todos los armarios hasta encontrar unas galletas de chocolate. Le dio un mordisco a una, apoyó la espalda contra la encimera y cerró los ojos. Sólo tendría que resistir unos momentos más. Las llamadas de su madre no solían durar más de diez minutos. «Ya sabes lo caras que son las llamadas de larga distancia, cariño», le decía siempre su madre.

—Y además creo que es un chico muy formal… Oh, Frank, vete a ver la tele. Rachel sabe que sólo pretendo ayudar —le oyó Rachel a su madre decirle a su padre—. Tu padre dice que te salude, cariño.

Rachel sonrió a pesar de todo. El bueno de su padre siempre tratando de pararle los pies a su madre cuando empezaba con su

obsesión por encontrarle pareja.

—Dile hola de mi parte también.

—Rachel dice que hola. Sí, queda tarta de manzana en la alacena —le oyó a su madre decirle a su padre con impaciencia—. En fin, cariño, el caso es que vamos a celebrar una fiesta justo el fin de semana antes del día de Nochebuena, nada especial, sólo unos amigos…

—¿Como Margie? —adivinó Rachel tomando otro trozo de galleta.

—Claro, cariño, ya sabes lo buenas amigas que somos Margie y yo —respondió su madre—. Y por supuesto, ya que Will estará en la ciudad, vendrá también a la fiesta. ¿No es estupendo? Estoy segura de que cuando os conozcáis veréis que tenéis mucho en común.

Rachel puso los ojos en blanco. Por favor…

—¿Dónde vive?

—En Phoenix, creo.

Desde luego tenían muchísimas cosas en común. Ella vivía en Nueva York y trabajaba en una revista, y él en Phoenix y era médico. Tenían tanto en común que casi daba miedo, se dijo con ironía.

—Mamá…

—No, no, Rachel, no vayas a empezar como siempre —la cortó su madre—. Es Navidad; es una época para estar con la familia y los amigos, y es lo que vamos a hacer, estar todos juntos. ¿Entendido?

Rachel suspiró. Por mucho que le fastidiase que su madre quisiese enredarla para que conociese al tal Will, quería a su familia, y nunca había dejado de ir a casa por Navidad.

—Está bien, mamá; iré.

—Ésa es mi niña —dijo su madre satisfecha—. Oye, ahora que me acuerdo… ¿quieres que te enviemos por correo electrónico una foto de la ecografía de los gemelos de Rita?

—Claro.

—Estupendo. En cuanto cuelgue iré y le pediré a tu padre que lo haga. Yo tengo que llamar a tu hermana para ver cómo está.

—Pero si la has visto esta mañana… —replicó Rachel frunciendo el entrecejo.

—Sí, pero a las embarazadas hay que mimarlas —dijo su madre.

—Ya. Bueno, pues saluda a Rita de mi parte.

—Lo haré. Buenas noches, cariño. Que descanses.

Cuando Rachel colgó el teléfono estaba aún más deprimida que antes. Quería a su madre, pero esas llamadas suyas hacían que se sintiese decepcionada con su propia vida.

Regresó al salón con el teléfono en una mano y la caja de galletas en la otra, volvió a acurrucarse en el sofá, y le subió la voz al televisor.

Tal vez rodaron por sus mejillas una lágrima o dos, pero estaba

sola, así que no le importó. Al fin y al cabo, nadie iba a enterarse de que había estado llorando.

***

De pie frente a la puerta del apartamento de Rachel, Shane se preguntó qué estaba haciendo allí. Debería haberse ido a casa tras despedirse de Gannon. ¿Qué decía aquello de él? ¿Que todavía se sentía incómodo por cómo habían quedado las cosas entre Rachel y él después de su conversación? ¿Que se sentía culpable por haberse acostado con su secretaria? ¿O quizá simplemente que necesitaba volver a verla?

Probablemente un poco de todo.

En cualquier caso no era una buena idea que hubiese ido allí, y lo sabía, pero a pesar de todo llamó al timbre.

Se oyeron pasos dentro, y la voz de Rachel preguntó desde dentro:

—¿Shane? ¿Qué estás haciendo aquí?

Shane se acercó a la mirilla y contestó:

—He venido porque necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—¿Te importaría dejarme entrar?

—¿Por qué debería hacerlo?

Shane resopló exasperado.

—Porque no creo que quieras que tengamos esta conversación a través de la puerta para que se enteren todos tus vecinos.

Finalmente Rachel abrió la puerta, y Shane pasó dentro antes de que pudiera cambiar de idea.

—¿Qué es lo que quieres, Shane?

Éste, que estaba fijándose en la ausencia de decoración navideña, se volvió hacia ella y la miró. Tenía el pelo suelto, como la vez anterior, y llevaba puesta una camiseta blanca y unos pantalones de chándal de un verde pastel que le quedaban un poco por debajo de la cintura, dejando al descubierto una franja de piel desnuda. Además estaba descalza, y tenía las uñas de los pies pintadas de un rojo carmesí muy sexy.

Seguía junto a la puerta entreabierta, con la mano en el pomo, y por el modo suspicaz en que lo estaba mirando, Shane no pudo resistirse a picarla.

—¿Tienes miedo de cerrar la puerta? ¿Te preocupa lo que pueda pasar?

Aquello bastó para que Rachel la cerrara.

—No —contestó con aspereza.

Dándole la espalda, fue a sentarse en el extremo más alejado del sofá. Subió las piernas, apretándolas contra el pecho, apoyó la barbilla en las rodillas, y fijó la vista en el televisor, ignorando a Shane por completo.

Shane se sentó también y se giró hacia ella.

—¿Podríamos hablar?

—¿Para qué? —le espetó ella sin mirarlo—. Esta tarde en la oficina no nos ha servido de nada hablar.

—Precisamente por eso.

Rachel suspiró y, aún sin mirarlo, le dijo:

—Mira, Shane, no creo que haya nada más que decir.

—Pues no podemos dejar las cosas como están.

Finalmente Rachel se volvió hacia él, y cuando lo miró Shane vio una honda tristeza en sus ojos verdes.

—Lo sé —respondió quedamente—. He estado pensando en ello desde que llegué a casa.

A Shane se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Y bien? ¿Qué has pensado?

—Que sólo hay una cosa que pueda hacer.

Shane la miró receloso.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —inquirió sin apartar los ojos de ella.

No estaba preparado para la respuesta de Rachel.

—He decidido que dejo el trabajo, con dos semanas de preaviso.

Capítulo 8

—¡¿Qué?!

Rachel sintió cierta satisfacción al ver cómo le había sorprendido la noticia, pero aquello no cambiaba nada. No tenía otra opción más que dejar *The Buzz*, por mucho que le doliese. Si siguiese trabajando con Shane su vida personal nunca avanzaría. Sabía que siempre lo amaría, porque para ella no había ningún otro hombre que pudiese comparársele, y acabaría sola cada Navidad, viendo películas en blanco y negro.

—¿De qué estás hablando? —le dijo Shane poniéndose de pie y mirándola con el ceño fruncido—. No puedes hacer eso.

—Me temo que sí.

—¿Ésa es tu solución? ¿Salir huyendo?

Rachel, que estaba empezando a sentirse acorralada, se levantó del sofá con intención de ir a la cocina, pero Shane la retuvo agarrándola por el brazo. Rachel bajó la vista a su mano y se quedó observándola un buen rato antes de alzar la mirada hacia él.

Shane la soltó, se metió las manos en los bolsillos y masculló:

—No puedes dejarme tirado, Rachel; no porque hayamos… porque hayamos…

—Ni siquiera eres capaz de decirlo —murmuró ella sacudiendo la cabeza—. Sí, Shane, me voy de *The Buzz* porque nos acostamos. Me parece una razón más que suficiente.

—Pues a mí no —replicó él sacándose las manos de los bolsillos—. Maldita sea, Rachel, somos un equipo. Funcionamos muy bien juntos. ¿De verdad quieres tirar por la borda todo lo que hemos conseguido sólo por una noche?

No; lo que quería era más que una sola noche, pero no podía decirle aquello, igual que no podía decirle que le sería imposible fingirse indiferente después de haber hecho el amor con él. ¿Cómo podría volver a organizarle citas con otras mujeres sin que el corazón se le rompiese en mil pedazos?

—No, no me necesitas, Shane —le respondió con firmeza—. Has ganado la competición; vas a ser el presidente de la compañía.

—Lo cual significa que te necesitaré aún más que ahora.

—No, no es verdad. Te has acostumbrado a depender demasiado de mí, pero sobrevivirás.

No estaba segura de que ella fuera a sobrevivir, pero ése era su problema.

—Rachel, no tienes por qué hacer esto.

—Sí, tengo que hacerlo.

—No aceptaré tu dimisión.

Rachel esbozó una sonrisa triste. Shane y su ego…

—Con eso no lograrás retenerme.

—¿Y qué puedo hacer para que no te vayas?

—Nada.

Shane se acercó para detenerse sólo a medio paso de ella. Estaba tan cerca que el olor de su colonia la envolvía. Rachel cerró los ojos. Sabía que si alzase la vista hacia él estaría perdida, que si mirase sus labios sería incapaz de contenerse, de no besarlo.

Shane la tomó por los hombros, haciéndola estremecer por dentro.

—Aun así no voy a cejar en mi empeño de hacerte cambiar de opinión —le dijo.

—Lo sé.

Las manos de Shane le apretaron los hombros.

—Mírame, Rachel.

—Preferiría no hacerlo.

Shane suspiró.

—He venido aquí esta noche para… Dios, ni siquiera lo sé; ¿para disculparme por lo de anoche?

Rachel crispó el rostro.

Shane le acarició el cabello, peinándoselo con los dedos.

—Pero ahora que estoy aquí, lo que menos quiero hacer es disculparme.

—Shane…

—Abre los ojos, Rachel.

Cuando lo hizo, la intensidad de la mirada de Shane hizo que el estómago se le llenase de mariposas, y que el corazón empezase a latirle como un loco.

—Shane, esto no es buena idea…

—Probablemente no —admitió él inclinando la cabeza muy despacio.

Rachel se humedeció los labios. Sabía que no detenerlo sería un error, pero aun así… Quería una noche más con él, y aquélla era su oportunidad para hacer que la sedujera. La noche anterior había sido ella quien había tomado la iniciativa, pero esa noche quería que fuese Shane quien le demostrase que la deseaba. Si bien no podía tener su amor, al menos podía darse esa pequeña satisfacción.

Por eso, cuando la besó, no se resistió, sino todo lo contrario: se puso de puntillas y le respondió afanosa. Las manos de Shane se introdujeron por debajo del elástico de su pantalón de chándal, y le levantó las nalgas, apretándola contra sí para que sintiera su excitación.

Una ola de deseo invadió a Rachel, y se extendió por todo su ser, como cuando una piedra cae al agua y las ondas se expanden por la superficie.

Jadeó y se frotó contra él. Shane, en respuesta, hizo el beso más profundo, entrelazando su lengua con la de ella en una danza frenética.

Rachel le hincó los dedos en los hombros para mantenerse en pie. Las rodillas le temblaban, y le parecía que la tierra estuviese moviéndose bajo sus pies, pero no le importaba. Lo único que contaba para ella en ese momento era que estaba en los brazos de Shane.

Al cabo de un rato éste despegó sus labios de los de ella y la miró sin aliento.

—Rachel, ¿quieres que…?

No terminó la pregunta, ni tampoco hacía falta.

—Oh, sí… —murmuró ella excitada.

Saltó a su cintura, rodeándole las caderas con las piernas y el cuello con los brazos antes de que Shane se dirigiera hacia el dormitorio.

Una parte de sí no podía creer que estuviera haciendo aquello. Arreglar un error con otro igual no parecía muy sensato, pero, ya que iba a dejar su trabajo de todos modos, ¿qué había de malo en que aprovechara el poco tiempo que le quedaba de estar junto al hombre al que amaba?

Deslizó una mano hasta la cinturilla de Shane, le bajó la cremallera, y cuando cerró los dedos en torno a su miembro erecto, un intenso gemido escapó de la garganta de él, que inclinó la cabeza para besarle y mordisquearle el cuello.

—No puedo esperar más —le susurró con voz ronca, deteniéndose junto a la puerta del dormitorio. La dejó en el suelo, le quitó los pantalones y las braguitas, y volvió a levantarla.

—Yo tampoco puedo esperar más —murmuró ella antes de rodearle otra vez la cintura con las piernas y agarrarse a su cuello.

Shane se volvió, empujándola contra la pared, y la penetró. Rachel gimió extasiada al tiempo que los músculos internos de su vagina se estiraban para acomodarlo, y se dejó caer, haciendo que se hundiera aún más en ella. Apoyó una mano en la pared y otra en el hombro de Shane para ayudar a éste, pero parecía que Shane no necesitaba ayuda. La estaba haciendo subir y bajar con una facilidad pasmosa sobre su miembro.

Pronto sus envites se volvieron más rápidos, igual que los latidos de su corazón.

Shane, por su parte, no podía siquiera pensar; lo único que podía hacer en ese momento era sentir, y lo que estaba sintiendo era, si cabía, más intenso aún que lo que había experimentado la noche anterior.

Durante todo el día había estado intentando convencerse de que había magnificado su recuerdo de esa noche, que el sexo con Rachel

no había sido tan increíble como pensaba, pero en ese momento se dio cuenta de que sólo había estado mintiéndose.

Rachel lo excitaba de un modo en que jamás ninguna otra mujer lo había excitado, y le hacía desear más.

Rachel exhaló un profundo suspiro y cerró los ojos cuando le sobrevino el orgasmo, y él la siguió poco después. Con ella desmadejada en sus brazos, Shane agradeció que estuviese apoyada en la pared, porque de otro modo se habrían derrumbado sobre el suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

Rachel se rió suavemente.

—Pregúntamelo cuando vuelva a sentir las piernas.

Shane sonrió.

—Lo haré.

—Shane… yo…

Shane apoyó la cabeza en su hombro.

—Sé lo que vas a decir, pero no quiero que tengamos otra vez la conversación de que esto es un error.

—¿Por qué no? —inquirió ella quedamente—. A mí me parece que es bastante apropiada, dadas las circunstancias.

Shane alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Rachel, no vine aquí por esto.

—Lo sé —respondió ella, moviéndose un poco.

Aquel ligero movimiento de sus caderas despertó de nuevo el deseo en Shane, que aspiró entre dientes y le apretó la cintura con las manos.

—Pero no me arrepiento de que lo hayamos hecho —añadió.

Rachel echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared, y gimió cuando Shane empujó sus caderas contra las de ella.

—No… yo tampoco —admitió.

—Me alegra oír eso —masculló Shane, apartándose de la pared para entrar en el dormitorio con ella aún en brazos—… porque creo que aún no hemos terminado.

Rachel se estremeció, y se dejó resbalar para que se hundiera más en ella.

—Sí, creo que tienes razón.

Shane fue hasta la cama, alargó el brazo para apartar la colcha y las sábanas, y se dejó caer sobre el colchón, aún vestido y con su miembro enterrado dentro de ella.

Rachel se rió.

—Quizá deberías desvestirte primero —le dijo, jadeando cuando Shane se arqueó hacia ella.

—Luego —murmuró él—. No quiero que paremos.

—No… yo tampoco quiero.

Con una sonrisa picara, Rachel se quitó la camiseta y la arrojó al

suelo. Luego tomó las manos de él e hizo que cubriera con ellas sus senos antes de empezar a moverse.

Cabalgó sobre él, llevándolo a cumbres que nunca antes había alcanzado, y Shane la ayudó, asiéndola por las caderas para que se moviera más rápido hasta que alcanzaron el clímax y ella se derrumbó temblorosa sobre él.

Dos horas después seguían en la cama. Rachel alzó la vista hacia el techo mientras escuchaba la respiración jadeante de Shane.

Ella tampoco había acabado de recobrar el aliento después de que hubieran hecho el amor otra vez. Volvía a sentirse como una idiota. A pesar de lo relajada que estaba, de que había saciado su ansia de Shane, le dolía el corazón.

—Estás dándole vueltas a la cabeza otra vez, ¿verdad? —inquirió Shane.

—¿Tú no?

—No —contestó él volviendo la cabeza sobre la almohada para mirarla—. Cuando estoy contigo… —añadió alargando la mano para acariciarle el vientre—… no me gusta pensar en nada. Y no quiero que tú pienses en nada ahora tampoco.

Rachel suspiró.

—El no pensar antes de actuar es precisamente lo que nos ha llevado a esta situación.

—Lo sé.

Rachel cerró los ojos, diciéndose que no pasaría nada por que disfrutase de sus caricias un segundo más o dos.

Sin embargo, al cabo de un rato fue consciente de que si no paraba aquello acabarían haciendo el amor otra vez, así que se apartó y se bajó de la cama.

Así, a una distancia prudencial de él, podría pensar con un poco más de claridad. Nunca le bastaría con saber que la deseaba. Quería tener a su lado a alguien que la amase; quería formar una familia… y esas cosas jamás podría tenerlas con Shane.

—Rachel… —la llamó él, apoyándose en el codo para incorporarse.

—Shane, no podemos dejar que esto vuelva a ocurrir —lo interrumpió ella, agachándose para recoger su camiseta del suelo.

Se la puso, salió al pasillo a por su pantalón y sus braguitas, y después de ponérselos también fue por la ropa de Shane y se la llevó.

Éste la tomó y la dejó sobre la cama, junto a él.

—¿Sabes?, tal vez haya una razón por la cual hemos vuelto a caer en esto.

Irritada consigo misma y con él, Rachel resopló y le espetó:

—Oh, ya lo creo que hay una razón: que no tenemos el más mínimo control sobre nosotros mismos.

Shane dejó escapar una risa cansada.

—Tal vez tengas razón.

—Por eso es por lo que tengo que dejar el trabajo, Shane.

El farfulló algo incomprensible entre dientes y se bajó también de la cama para vestirse.

—Rachel, esto no tiene por qué interferir con nuestra relación laboral —le dijo mientras se abrochaba los pantalones.

—¿Cómo no va a interferir? —le espetó poniendo los brazos enjarras—. Hoy en la oficina apenas hemos sido capaces de hablar el uno con el otro.

—De acuerdo, pero esta noche no estamos teniendo ese problema.

—Lo que acabamos de hacer no es hablar —replicó ella irritada señalando la cama.

Shane arrojó la chaqueta de su traje sobre el colchón.

—Mira, Rachel, me parece que estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—Y a mí me parece que te estás tomando esto con demasiada ligereza —apuntó ella.

—¿Y qué quieres que diga? —dijo él exasperado.

Rachel se quedó mirándolo dolida. Era incapaz de ver lo que sentía por él. Cada vez estaba más segura de que dejar su trabajo era la decisión más acertada. Ahora lo único que necesitaba era hallar en su interior el coraje suficiente para llevar a cabo el plan que había ideado.

—Quiero oírte decir que aceptas mi dimisión —le contestó en un susurro.

Shane tomó la chaqueta y se la puso. Luego se quedó mirándola un largo rato, y Rachel contuvo el aliento, contando los segundos mientras esperaba.

Finalmente, Shane asintió.

—Si es lo que quieres, por mí de acuerdo.

¿Lo que ella quería? No, por supuesto que no; era lo que tenía que hacer.

—Sí, es lo que quiero. Gracias.

Shane asintió de nuevo y miró en derredor, como incómodo, antes de volver a alzar la vista hacia ella.

—Será mejor que me vaya. ¿Te veré mañana en la oficina?

—Sí.

Mucho después de que Shane se hubiese marchado, Rachel encendió el ordenador y se sentó frente al teclado. Sus dedos volaban sobre las teclas a pesar de que las lágrimas le nublaban la vista.

Una última columna de *El diario de Tess*. Una última vez escribiría acerca de lo que sentía por su jefe salpicando cada párrafo con el humor mordaz que la caracterizaba. Y una última vez Shane la leería,


y se reiría sin darse cuenta de que era de él de quien hablaba.

Capítulo 9

Unos días después Rachel se encontró deseando haber dejado su trabajo de inmediato, en vez de haberle dado a Shane quince días de preaviso.

Seguir trabajando con él y mantener una actitud estoica estaba resultando mucho más difícil de lo que había pensado.

Shane estaba mostrándose con ella cortés y distante, y debería haberla aliviado el hecho de que parecía tan decidido como ella a no dejarse llevar otra vez por el deseo, pero en vez de eso su actitud únicamente la irritaba. ¿Tan fácil resultaba aquello para él?

Sacudió la cabeza y se concentró de nuevo en la lista que tenía delante de las personas que habían confirmado su asistencia a la fiesta de Navidad.

Cada año, por esas fechas, EPH organizaba una fiesta benéfica para recaudar dinero para varios hospitales infantiles de la ciudad, y durante los últimos cuatro años Rachel había tenido una parte importante en los preparativos de ese evento. Se encargaba de las invitaciones, de contratar el servicio de catering, a los músicos, a una persona para que se vistiera de Santa Klaus… incluso escogía personalmente los regalos para cada uno de los niños que asistirían a la fiesta.

Iba a echar de menos aquello cuando dejase la compañía.

—¿Hola? Tierra llamando a Rachel.

Aquella voz la sacó de sus pensamientos, y cuando alzó la vista se encontró con su amiga Christina, que estaba observándola con una ceja enarcada.

—Perdona. ¿Querías algo?

—Rachel… —le dijo Christina inclinándose para apoyarse en su mesa y bajando la voz—. ¿No hay alguna cosa que quieras decirme?

—¿A qué te refieres?

Christina miró a un lado y a otro, como para asegurarse que no hubiese cerca nadie que pudiese oírlas, pero aun así bajó un poco más la voz.

—Acabamos de enviar de producción una nueva columna de *El diario de Tess* al despacho de Shane.

—¿Ah, sí? —inquirió Rachel, intentando fingirse sorprendida—. Creía que la anterior era la última que iba a escribir.

—Pues ya ves, parece que aún tenía algo más que contar —respondió Christina, entornando los ojos, como pensativa—. Y esta nueva columna que ha escrito es… en fin, la mejor de todas.

Rachel bajó la vista y se puso a ordenar unos papeles para hacer algo.

—¿En serio? Vaya pues, qué bien.

—Muy graciosa —le dijo su amiga—, pero te olvidas de que soy madre de cuatro hijos, y que sé perfectamente cuándo están intentando ocultarme algo.

—Christina…

—Tú eres Tess, ¿no es cierto?

—¡Shhh!

Esa vez fue Rachel quien miró a un lado y a otro, y cuando se hubo asegurado de que no había nadie por allí, se levantó y llevó a su amiga a una sala de juntas vacía. Christina cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

—Es verdad, ¿no? Tú eres Tess.

—Está bien, sí, es verdad, ¿Satisfecha? —masculló Rachel a regañadientes, antes de ir al rincón donde estaba la máquina del café para servirse uno.

Lo necesitaba.

—¿Cómo lo has sabido?

—Bueno, tenía mis sospechas desde hacía tiempo, y la columna de hoy las ha confirmado —respondió Christina, yendo junto a ella para servirse también un café—. No puedo creerme que en todo este tiempo no me lo hayas dicho.

—No podía decírselo a nadie.

—Sí, pero yo soy tu amiga.

—Lo sé, es verdad —admitió Rachel, tomando un sorbo de su café —. Quería decirte que era yo, pero…

—Eso ahora da igual —la interrumpió Christina agitando una mano—. Lo que quiero saber es cómo es que no me has contado que lo has hecho con Shane.

—Oh, Dios —murmuró Rachel.

No se había acordado de que había escrito sobre eso en la columna. Acercó una silla para sentarse, y dejó su taza sobre la larga mesa.

—Desembucha, cariño; quiero detalles —le dijo Christina con una sonrisa maliciosa.

—No me pidas que te dé detalles; no cuando estoy intentando olvidarlos.

—Vaya. ¿Tan malo es en la cama?

Rachel se echó a reír al ver la decepción en el rostro de su amiga.

—No; todo lo contrario.

—Ooh. ¿Y entonces a qué viene esa cara tan larga?

—¿Cómo que a qué viene? Pues a que todo ha cambiado entre nosotros.

—Pero eso está bien, ¿no? —inquirió Christina, que obviamente seguía sin comprender—. ¿No?

—Le he dicho a Shane que dejo mi trabajo. Le he dado un preaviso de quince días.

—Dime que no es verdad.

—Me temo que sí. Tenía que hacerlo —le dijo Rachel tomando el café entre ambas manos—. No puedo seguir trabajando con él después de esto. Es demasiado difícil.

—Pero con dejar el trabajo no vas a conseguir nada —respondió Christina con un suspiro.

—Alejarme de él.

—Cariño, por mucho que te alejes de él seguirás estando enamorada. Además, voy a echarte tanto de menos…

—No me estás animando mucho —murmuró Rachel—. En fin, de todos modos ya está hecho, y he empezado a mandar mi curriculum a otros sitios a la hora del almuerzo. Hay un montón de revistas en esta ciudad —añadió en un intento por cambiar el rumbo de la conversación—, así que no es como si no fuéramos a volver a vernos.

—Más te vale —le dijo Christina con una sonrisa—. Pero, oye, ¿no te preocupa cómo reaccionará Shane cuando lea tu última columna?

Rachel se rió con amargura y tomó un sorbo de café.

—¿Por qué habría de preocuparme? Se ha leído todas las que he escrito hasta ahora y no se ha dado cuenta de que es de él de quien hablo.

Christina, que estaba tomando también un sorbo de su café, la miró por encima del borde de sus gafas, y a sus labios asomó una sonrisa maliciosa.

—Oh, ¿no te lo he dicho? En esta columna se te ha pasado un pequeño detalle: te has referido al jefe misterioso de Tess como «Shane».

El vaso de plástico resbaló de los dedos de Rachel, y el café se derramó por todo el suelo.

—¿Qué?

Shane había estado contestando llamadas toda la mañana. De agentes de actores de poca monta que querían que sus representados saliesen en su revista, de empresas que querían que sus productos se anunciasen en ella…

Normalmente delegaba esa clase de llamadas en otros departamentos, pero estaba haciendo todo lo posible por mantenerse ocupado para no pensar en Rachel.

Sin embargo, no estaba funcionando. En los momentos más inesperados se encontraba pensando en ella, torturándose. Diablos, llevando casi cinco años trabajando juntos, y en todo ese tiempo apenas si se había fijado en ella. ¿Por qué de repente no podía quitársela de la cabeza?

Lo cierto era que durante todo ese tiempo Rachel había llegado a

convertirse en algo así como una extensión de sí mismo, y sobre todo durante ese último año, desde que su padre iniciara aquella competición, había sido ella quien le había dado el empujón que necesitaba.

De hecho, era en gran parte gracias a ella como había conseguido ganar. Rachel siempre estaba pendiente de todo para que él no tuviera que preocuparse de nada.

Y, sin embargo, en todo ese tiempo ni siquiera se había fijado en ella. ¿Cómo podía haber estado tan ciego como para no fijarse en sus hermosos ojos verdes, en sus labios carnosos, en su sentido del humor, en sus piernas, en su inteligencia, en su pecho, en su lealtad, en…?

¿Y por qué diantre tenía que estar dándose cuenta de todo eso precisamente en ese momento?, se preguntó irritado.

El teléfono empezó a sonar otra vez, pero no contestó, sino que se levantó y fue hasta el ventanal. Cuando por fin el teléfono se calló una sonrisa de alivio acudió a sus labios, pero se desvaneció cuando llamaron a la puerta. Antes de que pudiera siquiera decir «adelante», ésta se abrió, y entró Rachel.

Se había recogido el cabello, como solía hacer, e iba vestida con una falda y una blusa, pero después de las dos noches que había pasado con ella, no podía dejar de ver en su mente una imagen de ella con el cabello suelto y desnuda. Oh, Dios.

—¿Estás bien? —le preguntó Rachel frunciendo el entrecejo.

—¿Eh? Oh, sí, sí, perfectamente —murmuró él—. ¿Qué querías?

Antes de que Rachel pudiera contestar, su madre, Maeve Elliott, entró en el despacho, y nada más verla se dibujó una cálida sonrisa en los labios de Shane.

—¡Mamá! ¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó acercándose para besarla en la mejilla y darle un abrazo.

Su madre iba tan impecable como siempre, con un traje azul hielo de Chanel, y el blanco cabello peinado en un elegante recogido.

—Le he dicho a Rachel que no quería entretenerte porque sé que estás ocupado, pero me ha insistido en que entrara —le dijo su madre —. Sólo he pasado un momento para darte una buena noticia: Erika ya ha tenido a su bebé; una niña preciosa. ¡Ya soy bisabuela!

—Eso es maravilloso —respondió Shane con una sonrisa aún más amplia—. Me alegro muchísimo. En cuanto pueda los llamaré a Gannon y a ella para darles la enhorabuena.

—Dásela también de mi parte cuando lo hagas —le pidió Rachel—. ¿Y cómo está la madre? —le preguntó a Maeve.

—Oh, Erika está bien; es Gannon quien está hecho un flan. Pobre. Parece que el estar a su lado durante el parto fue demasiado para él.

—¿Se desmayó? —inquirió Shane con malicia, pensando en cómo bromearía con eso si lo había hecho.

—No, claro que no, no seas bobo —replicó Maeve—. Es sólo que el parto ha sido bastante largo, y es muy duro ver a alguien a quieres pasándolo mal.

—Sí, supongo que debe serlo —murmuró Shane, lanzándole una mirada de reojo a Rachel.

Y, al hacerlo, para su sorpresa, se encontró con que ella también estaba mirándolo a él.

Se quedaron los tres callados, y el silencio se volvió tan tenso, que hasta su madre pareció darse cuenta de que allí pasaba algo, porque los miró a uno y a otro con una ceja enarcada antes de aclararse la garganta y decir:

—Bueno, cariño, pues te dejo que vuelvas al trabajo. Voy a subir a ver a tu padre a ver si lo convenzo para que me lleve a almorzar a algún sitio, ya que he venido.

Shane, agradecido por tener una excusa para salir de la oficina, se apresuró a tomarla del brazo y a decirle:

—Espera, subo contigo y almorzamos los tres juntos. Así podrás contarme todo sobre el nuevo miembro de la familia.

—Me parece estupendo. ¿Quieres venir tú también, Rachel? —le preguntó su madre a ésta.

—Eh… no, gracias. Tengo… tengo que acabar unas cosas —respondió Rachel algo aturullada—. Pero gracias.

—Vaya, que lástima —murmuró Maeve con aire pensativo—. En fin, me alegra haberte visto.

Aprovechando que Shane estaría fuera aproximadamente durante una hora, Rachel hizo algo que no habría pensado hacer jamás: registrar los cajones de su escritorio.

—Por amor de Dios, ¿dónde diablos la habrá metido? —masculló entre dientes, cerrando el cajón en el que estaba buscando y abriendo otro.

Su columna no estaba por ninguna parte. Aquello sólo podía significar una cosa: tenía que estar en el último cajón; precisamente el único que tenía cerradura. Podría intentar forzarla, pero entonces Shane se daría cuenta y…

«¿Cómo he podido ser tan estúpida?», se reprendió, sintiendo deseos de darse cabezazos contra la pared.

Shane leería la columna, y al hacerlo sabría exactamente quién la había escrito. Probablemente incluso la despediría en el acto. Claro que como ella ya le había presentado su dimisión tampoco es que aquello fuese a significar demasiado. Pero aun así… Oh, Dios, era demasiado embarazoso incluso pensar en ello.

Sin embargo, comenzó a repasar mentalmente todas las columnas que había escrito, todas las veces que había hablado de su jefe en términos no precisamente amables, en todas las veces que se había

quejado de cómo la hacía ocuparse de organizarle las citas, en todas las veces que…

—Dios, esto es un desastre —murmuró desesperada, ocultando el rostro entre las manos.

Quería que se abriese la tierra bajo sus pies y la tragase.

Cuando Shane regresó del almuerzo con sus padres, Rachel no estaba en su sitio. Probablemente habría salido a comer ella también, pensó. Mejor; no estaba de humor para cruzar con ella unas cuantas frases educadas y vacías, como esa mañana cuando había llegado a la oficina.

Sobre todo después de haberse pasado toda la comida eludiendo las preguntas de su madre. Sentía verdadera adoración filial por ella, pero su madre tenía cierta tendencia a entrometerse en la vida de sus hijos con preguntas incómodas.

Entró en su despacho, cerró la puerta, y se dispuso a trabajar de nuevo. Abrió el último cajón de su escritorio, sacó las últimas columnas que le habían mandado de producción, y se recostó en su asiento para echarles un vistazo.

Cuando encontró la columna de Tess sonrió, dejó las demás a un lado, y comenzó a leer. Después del primer párrafo frunció el entrecejo, tras el segundo empezó a farfullar entre dientes, y al llegar al tercero la irritación que sentía era tal, que tuvo que hacer una pausa para respirar antes de continuar leyendo.

Acostarse con el jefe no es muy inteligente, pero en mi caso ha sido lo más estúpido que he hecho en toda mi vida. Me he pasado todo este año hablando de lo difícil que resulta trabajar para un hombre que te ve sólo como a una empleada eficiente, pero ahora que Shane me ha visto desnuda la situación se ha vuelto completamente insostenible.

Así que aquí va un consejo para vosotras, amigas, que leéis esta columna cada mes. Cuando el jefe os sonría y os diga «tenemos que celebrarlo», recordad que después de una celebración casi siempre viene la resaca. O algo peor.

Por vuestro bien, si os dais cuenta de que estáis empezando a sentiros atraídas por vuestro jefe… salid corriendo.

—Rachel —masculló furioso, mirando la hoja de papel como si todavía no pudiese creer lo que estaba leyendo—. Todo este tiempo ha sido ella… Todo este tiempo…

Tragó saliva, tomó el teléfono, y marcó la extensión del departamento de archivos.

—Soy Shane Elliott —le dijo a la administrativa que contestó—. Quiero que me suba una copia de todos los ejemplares de nuestra revista que contengan una columna de *El diario de Tess*.

—¡Oh, me encanta esa columna! —exclamó la chica.

Shane apretó la mandíbula, pensando en cuánta gente había leído

todo lo que Rachel había escrito sobre él, en cuánta gente había estado riéndose de él durante todo ese tiempo. ¡Y pensar que había estado pensando en darle un puesto a la misteriosa Tess!

—Quiero esas copias aquí dentro de veinte minutos.

—Sí, señor —contestó la chica poniéndose seria.

Shane colgó el teléfono, maldijo para sus adentros y comenzó a leer aquella columna de nuevo.

Capítulo 10

Cuando volvió de comer, Rachel se sentía un poco mejor. Había aprovechado para hacer algunas compras navideñas, y había estado paseando un poco, perdiéndose entre la multitud.

Estaba decidida a resistir como fuera las dos semanas que le quedaban de trabajar en la revista. Luego, aunque no sabía muy bien cómo, seguiría con su vida.

Sonrió a las personas con las que se cruzó, y al acercarse a su mesa vio que la puerta del despacho de Shane estaba abierta.

Trató de mantener la calma, e iba a sentarse cuando Shane la llamó. Con un nudo de aprensión en el estómago Rachel se acercó a la puerta.

—¿Sí?

—Pasa y cierra, por favor.

El corazón comenzó a martillearle con fuerza en el pecho. Oh, Dios. Había leído la columna.

Mientras cerraba tras de sí, rebuscó frenética en su mente una explicación, cualquier posible excusa… algo, pero no se le ocurrió nada. Durante el almuerzo se había tomado una copa de vino, sabiendo que era probable que tuviesen aquella confrontación cuando volviese, pero quizá debería haberse tomado dos.

—¿Qué ocurre?, ¿de qué quieres hablarme? —inquirió volviéndose hacia él.

Shane se puso de pie, rodeó su escritorio para cruzarse de brazos y sentarse en el borde de la mesa. Luego simplemente se quedó mirándola con los ojos entornados.

Rachel sabía que no le serviría de nada seguir fingiendo, así que le dijo:

—Has leído la columna, ¿no?

—¿Ni siquiera vas a intentar negarlo?

—No.

—De modo que tú eres Tess.

Rachel se alisó la falda y entrelazó las manos.

—Sí.

—No puedo creerlo —murmuró Shane sacudiendo la cabeza disgustado—. Ni siquiera sé si debo sentirme halagado o insultado de que durante todos estos meses hayas estado escribiendo sobre mí.

—No quería que te enteraras así.

—Más bien no querías que me enterara de ningún modo, ¿me equivoco? —la corrigió él apartándose de la mesa y yendo hacia ella.

—No; es verdad.

—¿Te lo has pasado bien viendo cómo me devanaba los sesos,

intentando averiguar quién eras y cómo dar contigo? —le preguntó, caminando lentamente en círculos en torno a ella—. ¿Te has divertido mintiéndonos a todos?, ¿mintiéndome a mí?

Rachel tragó saliva.

—Mira, no sé por qué estás dándole tanta importancia a esto —le espetó, decidiendo que ponerse a la defensiva sería la mejor salida—. A ti te encantaban esas columnas.

Shane se detuvo a su izquierda.

—Sí, pero eso era cuando creía que hablaban de algún imbécil sin nombre. No me encanta haberme ido a enterar de repente de que yo soy ese canalla.

Rachel alzó una mano.

—Nunca escribí que fueras un canalla.

—Como si eso supusiera alguna diferencia —replicó él girándose sobre los talones para ir hasta su mesa. Tomó una de las revistas que le habían subido del departamento de archivos y la agitó en el aire—. He estado releyendo todas las columnas de los meses anteriores, y ahora que lo pienso, creo que me siento más insultado que otra cosa, porque me has retratado como a un tonto.

La tensión que se había ido acumulando dentro de Rachel fue remplazada de pronto por una profunda irritación.

—Eso no es cierto. Lo único que he hecho ha sido describir cómo es el día a día trabajando para ti.

—¿Y qué me dices de todas esas veces en que te has referido a las mujeres con las que he salido?

—No habría escrito sobre eso si tú no me hubieras hecho comprar regalos para reconciliarte con unas, para romper con otras, comprar flores, hacer reservas en Une Nuit para que llevaras allí a toda esa ristra de Barbies, Bambis, y Tawnies —le espetó ella en su defensa—. Fuiste tú quien me involucraste en tu vida privada, Shane, así que no creo que estés en posición de quejarte.

—Eres mi secretaria, Rachel; ¿a quién diablos si no iba a pedirle que hiciera esas cosas?

Rachel se cruzó de brazos, ladeó la cabeza, y le contestó:

—No lo sé. Déjame pensar. ¿No deberías haberlas hecho tú mismo?

Shane arrojó la revista sobre la mesa antes de volverse de nuevo hacia Rachel.

—Si tanto detestas tu trabajo, ¿por qué no dejarlo simplemente? ¿Por qué montar todo este circo?

—Ya lo he hecho; te he dado dos semanas de preaviso.

—¡Quería decir que por qué no lo dejaste mucho antes! —casi le gritó él, levantando las manos al aire—. Si soy un jefe tan insoportable, ¿por qué te has quedado todo este tiempo?

Rachel descruzó los brazos y sacudió la cabeza.

—Mira, Shane. No eres insoportable, y me gusta mi trabajo; es sólo que empecé a sentirme…

—¿Celosa? —sugirió él.

—No —replicó ella apretando los puños—. Celosa no. Simplemente… Dios, y yo qué sé. Comencé a escribir esas columnas para sacar de dentro la frustración que sentía. Y, ¿qué quieres?, parece que hay un montón de mujeres que se sienten identificadas.

—Sí, pero…

—Tú mismo dijiste la semana pasada que *El diario de Tess* es la sección que más gusta a los lectores de la revista. Querías encontrar a Tess y ofrecerle… ofrecerme un puesto en la redacción. Así que… ¿qué es lo que ha cambiado, Shane? Sólo el hecho de que has descubierto que Tess soy yo. Admítelo: te reías tanto como los demás con mis columnas.

—Sí, pero eso era antes —insistió él dándole la espalda y yendo hasta el ventanal—. Ahora… Rachel, has escrito sobre las dos noches que pasamos juntos.

Rachel tragó saliva, pero no dijo nada. Shane se giró de nuevo hacia ella.

—¿Por qué?

Rachel se encogió de hombros. Sabía que eso no era una respuesta, pero no sabía qué contestarle.

—No lo sé.

—Pues yo creo que sí lo sé —le dijo él—. Creo que querías que averiguara que eras tú.

—No, no es eso —murmuró ella, sacudiendo la cabeza.

Shane se acercó, y Rachel dio un paso atrás cuando se detuvo frente a ella, como si quisiera guardar las distancias. Ya no podía engañarlo; había estado pensando en todo aquello, y había releído sus columnas sabiendo que era ella quien las había escrito, y que era de él de quien hablaba.

—Sí querías que lo supiera, Rachel. Si no, jamás habrías cometido el error de poner mi nombre en esta última columna.

—Tú lo has dicho; ha sido un error.

—Más bien yo diría un lapsus Freudiano.

—Oh, por favor —murmuró ella, dando otro paso atrás.

—Querías que me diese cuenta porque no quieres dejar tu trabajo, porque no quieres dejar *The Buzz*, porque quieres tener tu propia columna, porque quieres quedarte aquí… conmigo.

Rachel dejó escapar una risa entre nerviosa e incrédula y apartó la mirada.

—Perdona, pero te recuerdo que ya te he presentado mi dimisión y tú la has aceptado.

—No quiero que te vayas, Rachel, y estoy dispuesto a ofrecerte el

mismo trato que iba a ofrecerle a tu alter ego.

Patidifusa, Rachel giró de nuevo el rostro hacia él.

—¿Quieres que siga escribiendo sobre ti?

—No, por supuesto que no —replicó él—, pero tienes talento. Tienes sentido del humor, y a nuestros lectores les encantan tus columnas. Podrías escribir de otras cosas: la vida en Manhattan, la Navidad… lo que tú quieras.

Rachel se quedó callada un buen rato, y por mucho que Shane escrutó su rostro no logró adivinar qué estaba pensando.

—¿Y bien? —le insistió, ansioso por oír su respuesta.

—Es… una oferta tentadora —admitió ella, dando otro paso atrás —. Pero no. Te lo agradezco, pero no voy a cambiar de opinión.

Shane le ofreció más dinero, el doble de lo que ganaba, y Rachel lo miró con los ojos muy abiertos, pero aun así negó con la cabeza.

—No es por el dinero, y me estás insultando al pensar que sí lo es.

—¿Quieres que hablemos de insultos? A mí me has convertido en el hazmerreír de toda la ciudad.

Rachel apretó los labios.

—Si no te hubieras comportado como un idiota no habría tenido tanto material para esas columnas.

—Justo lo que me faltaba por oír.

—Mira, Shane —le dijo ella, haciendo un esfuerzo por no perder la calma—, tienes el puesto que querías, pero yo ya no puedo seguir aquí; no puedo.

Un sentimiento de honda decepción inundó a Shane.

—Por lo que ha ocurrido entre nosotros. ¿Es eso?

—En parte, sí —admitió ella—. No podemos recuperar la relación laboral que teníamos antes, Shane. No podemos fingir que no ha ocurrido nada entre nosotros.

No, por supuesto que no, se dijo Shane. ¿Cómo iba a fingir que no había pasado nada entre ellos cuando no podía quitarse a Rachel de la cabeza? Cada vez que cerraba los ojos la veía; la sentía.

—Así que, dejemos las cosas como están y digámonos adiós como amigos, ¿no te parece? —añadió Rachel.

Shane la miró, tratando de pensar en algún modo de convencerla para que cambiase de idea, para que se quedase. Sin ella no habría ganado la competición, ni podía imaginarse al frente de EPH sin contar con el buen criterio de Rachel, con sus consejos, con su buen humor… Dios, no podía hacerle aquello.

Sin embargo, no dijo nada, y Rachel salió del despacho y, muy despacio, cerró tras de sí.

Durante los dos días siguientes Rachel se volcó en los preparativos para la fiesta de Navidad. Ya había encargado las flores, había contratado el servicio de catering, y también una orquesta. Luego se

había pasado la mañana colgada al teléfono, hablando con distintas empresas de seguridad y resolviendo otros detalles. Sin embargo, todavía no había encontrado un Santa Klaus.

El que habían tenido el año pasado había sido contratado para otra fiesta. Tomó su agenda y buscó el teléfono de la agencia de publicidad a través de la cual había encontrado a aquel Santa Klaus el año anterior.

Era lo último que iba a hacer por EPH, y quería que saliera todo perfecto.

En ese momento sonó el teléfono. Rachel alargó la mano y contestó:

—Despacho de Shane Elliott, ¿dígame?

—¿Es usted la señorita Adler?

—Sí, soy yo —respondió ella frunciendo el entrecejo y echándose hacia atrás en su asiento.

—Soy Dylan Hightower, de la revista *Cherish*.

Rachel se irguió.

—Ah, sí, dígame.

Cherish era una revista a la que había mandado su curriculum la semana pasada.

—La llamo porque quería explicarle personalmente por qué no vamos a poder contratarla para el puesto que ha solicitado.

Rachel parpadeó. ¿Cómo? ¡Pero si era un puesto similar al que ella tenía en ese momento! Y ni siquiera le habían hecho una entrevista…

—Pero, señor Hightower…

—Mire, señorita Adler, voy a ser franco con usted —la cortó el hombre bruscamente—. Sólo llamo para advertirle que el mundo editorial es un mundo en el que todo el mundo conoce a todo el mundo, y que antes se atrapa a un mentiroso que a un cojo.

A Rachel le dio un vuelco el corazón.

—¿Perdón?

—Debería disculpase por hacerme perder el tiempo. He comprobado sus referencias, y me he quedado a cuadros cuando su jefe me ha contado la verdadera razón por la que quiere dejar su trabajo.

Rachel sintió que le hervía la sangre, y tuvo que respirar profundamente varias veces para mantener la calma.

—¿Y qué es exactamente lo que le ha contado el señor Elliott, si no tiene inconveniente en decírmelo?

—Ya lo creo que no. Me ha dicho que es usted la peor secretaria que ha tenido, que no sabe usted trabajar en equipo, y que tiene cierta… tendencia a fomentar desavenencias entre los empleados. En resumen, no tiene usted una reputación precisamente intachable.

Rachel estaba tan furiosa que le faltó poco para colgarle.

—Comprendo —fue todo lo que acertó a decir.

—Espero que sea así para que no vuelva a hacerme perder el tiempo. Buenos días —mascullό el hombre antes de colgar.

Con el teléfono aún en la mano, Rachel lanzó una mirada furibunda a la puerta cerrada del despacho de Shane.

Inspiró profundamente, colgó el teléfono sin la menor delicadeza, y se dirigió hacia allí. No se molestó en llamar, sino que entró, cerró la puerta y fue hasta la mesa de Shane para mirarlo cara a cara.

—¿Querías algo, Rachel?

—¿Cómo has podido? —exigió saber ella, plantando las dos manos en la mesa e inclinándose hacia él—. ¿Cómo has sido capaz de estropear las posibilidades que tenía de conseguir otro empleo?

—Espera un…

—El señor Hightower acaba de llamarme para explicarme personalmente por qué no va a hacerme siquiera una entrevista.

Shane apartó la vista y se pasó una mano por el rostro.

—Oh.

—Sí, “oh”.

—Escucha, Rachel… —comenzó él, aún sin mirarla a los ojos.

—No puedo creer que me hayas hecho esto. Dios. Esto es… es… es ruin; es miserable.

Shane se levantó y se volvió hacia el ventanal y se quedó mirando en silencio cómo nevaba sobre la ciudad.

—No es eso. Yo…

—¿Entonces qué, Shane? ¿Qué motivo podrías tener si no para ir a contarle a la gente mentiras sobre mí? —lo cortó ella apartándose de la mesa para cruzarse de brazos—. Llevo casi cinco años trabajando para ti. Dime una sola vez, una, en que haya metido la pata.

—No, no ha habido ninguna.

—Entonces… ¿por qué? —inquirió ella sacudiendo la cabeza.

No podía comprender cómo podía haber hecho aquello, y nunca había visto así a Shane; tan azorado, tan… avergonzado.

Shane resopló, se metió las manos en los bolsillos, y dijo:

—Creía que retrasando el que te dieran un empleo, conseguiría que te replanteases el marcharte.

—Y para ello has ido contando mentiras sobre mí; estupendo.

—Lo sé, sé que no debería haberlo hecho.

—Bueno, pues felicidades —le dijo ella con sarcasmo—. Al menos ahora estás dispuesto a admitir que no eres perfecto.

—Rachel, lo siento, yo…

—No, déjalo —lo cortó ella dando un paso atrás—. Esto es una lección más para mí. En la vida se aprende así, a puntapiés, y te puedo asegurar que he aprendido mucho de esta experiencia.

—Maldita sea, Rachel…

—Pídele a la gente del departamento de personal que me envíen el cheque de este mes, Shane. Me marcho.

—No puedes hacer eso. Me diste dos semanas para buscar a otra persona.

—Si tú puedes mentir, yo también. Adiós, Shane.

Y con esas palabras, salió del despacho sin volver la vista atrás.

Capítulo 11

El comedor de The Tides, la mansión que el patriarca de la familia Elliott, Patrick, y su esposa tenían en la región de los Hamptons, estaba decorado con innegable elegancia, pero también era una estancia acogedora.

Cada vez que iba allí a Shane lo asaltaban los recuerdos de su infancia, y casi le parecía oír el eco de las voces de sus hermanos y su hermana cuando eran niños.

A Shane le encantaba aquella casa, pero en ese momento preferiría estar en cualquier sitio menos allí.

—Tu Rachel es una chica encantadora —le dijo su madre, tomando un sorbito de jerez.

Shane enarcó una ceja.

—No es «mi» Rachel, mamá, pero sí, sí que es encantadora.

—El otro día me pareció que estabais los dos un poco…

—Mamá… —la interrumpió Shane en un tono de advertencia, para que no siguiera por ahí.

Tendría que haberse inventado una excusa para rehusar la invitación a cenar de su madre, pero estaba tan irritado consigo mismo que no se le habría ocurrido ninguna aunque lo hubiese intentado. Ni él mismo podía creerse todavía que hubiera sido capaz de hacerle a Rachel lo que le había hecho, de haber saboteado como había saboteado sus intentos por encontrar otro trabajo.

En aquel momento le había parecido una buena idea, el mentir a aquel hombre cuando lo había llamado, dándole a entender cosas como que Rachel era menos eficiente de lo que era, porque había creído que tal vez, al pensar que tenía pocas posibilidades de que la contrataran en otro sitio, decidiría quedarse con él.

No había sido su intención hacerle daño. De acuerdo, sí, le había hecho daño. Dios. ¿En qué lo convertía lo que había hecho? ¿En un miserable?, ¿o en un miserable desesperado? En cualquiera de los casos había salido perdiendo.

Rachel había recogido sus cosas y se había marchado justo después de salir de su despacho, y durante el resto del día cada vez que había pasado por delante de su mesa el remordimiento le había hecho sentirse fatal.

Además, no podía borrar de su mente el modo en que lo había mirado cuando había entrado en su despacho. Había visto incredulidad en sus ojos verdes, pero también ira y un profundo dolor causado por lo que sin duda consideraba una traición por su parte.

Si hubiera podido, se habría pegado un puntapié en el trasero por comportarse como se había comportado.

—Está bien, está bien, no quiero que pienses que pretendo entrometerme en tu vida —dijo su madre.

Shane dejó escapar una risa incrédula.

—¿Qué? Si tus hermanos y tú me contaseis vuestros problemas no tendría que ser yo la que os sonsacara.

—Ah, así que la culpa es nuestra.

—Cariño —le dijo su madre con una sonrisa—, sé que hay algo que te tiene preocupado; ¿por qué no me dices qué es?

Por un momento Shane consideró la posibilidad de hacerlo, pero luego se preguntó cómo reaccionaría su madre si descubriera lo que le había hecho a Rachel y se lo pensó mejor.

—He hablado por teléfono con Rachel esta tarde —dijo su madre de repente, al ver que se había quedado callado.

—¿Ah, sí? ¿De qué?

—Pues de la fiesta de Navidad; ¿de qué va a ser? —le recordó su madre—. Me ha pedido que te diga que aunque ya no trabaja para ti continuará ocupándose de los preparativos.

—Oh.

Era de esperar. Rachel era la persona más responsable que había conocido. Una vez se comprometía a algo lo llevaba hasta el final. Aun cuando ya no tenía motivo para hacerlo, se dijo frotándose las sienes en un intento por disipar el dolor de cabeza que le estaba entrando.

—¿Te importaría explicarme por qué has despedido a una chica tan adorable?

—Yo no la he despedido.

—¿Quieres decir que ha sido ella quien ha dejado el trabajo por su cuenta?

—Sí.

—¿Por qué?

Por suerte para Shane, su padre entró en ese momento, interrumpiendo su conversación.

—¿De qué habláis? —inquirió mientras se acercaba a la cabecera de la mesa.

—De nada importante, cariño —respondió Maeve, y le dio unas palmaditas en la mano cuando se hubo sentado.

Sin embargo, por la mirada que le lanzó a Shane, éste supo que aquello no había acabado.

Su padre no parecía muy convencido, pero lo dejó correr y le dijo:

—Antes de que nos sirvan la cena, ¿por qué no me hablas de tus planes para la compañía?

—Patrick… —protestó su esposa—. ¿No podemos tener una sola comida sin hablar de negocios?

—No pasa nada, mamá —se apresuró a decir Shane, dispuesto a hablar de cualquier cosa excepto de Rachel. Si consiguiese distraer a

su madre charlando de otra cosa, quizá pudiese escaparse antes de que volviera a acorralarlo—. De hecho, quería preguntarle a papá su opinión sobre unas cuantas cosas.

Su madre no dijo nada, pero cuando él siguió hablando con su padre, Maeve levantó su copa para tomar otro sorbo de vino, y Shane sintió su mirada fija sobre él. Parecía que no iba a poder escabullirse de aquello.

En la semana siguiente Rachel no paró un momento. Aunque ya no estaba trabajando para EPH, estaba muy ocupada con los preparativos de la fiesta benéfica.

Quería que aquélla fuese la mejor que se había hecho hasta entonces, y que la gente la recordara en los años venideros. Había encargado que llevasen al Waldorf Astoria, donde iba a celebrarse la fiesta, un abeto de tres metros que sería decorado por profesionales, y también habría una fuente de champán y tanta comida que nadie se quedaría con hambre.

En cada una de las mesas habría un abeto en miniatura, con sus lucecitas, y el gran salón estaría adornado con luces y guirnaldas de acebo y muérdago.

Iba a estar todo planeado al milímetro para que nada fallase. Tomó un bocado del sándwich que había pedido, y giró la cabeza hacia la ventana, para mirar fuera de la cafetería donde estaba. Nubarrones plomizos cubrían el cielo sobre la ciudad, como amenazando más nieve, y la gente pasaba con paso apresurado, envueltos en sus abrigos y bufandas. Daba frío de sólo mirar, así que Rachel bajó de nuevo la vista al mar de papeles que tenía extendidos sobre la mesa.

En ese momento le sonó el móvil, y cuando lo sacó del bolso vio que la llamada era un número oculto.

—¿Diga?

—Hola, Rachel, soy Christina; ¿cómo estás?

El oír la voz de Christina hizo que se le hiciera un nudo en la garganta. Sólo hacía unos días que se había ido de EPH, pero ya la echaba de menos.

—Bien; bien; de maravilla.

—Ya.

—En serio —insistió Rachel intentando darle una nota de convicción a su voz.

—Oh, no, si te creo —respondió su amiga con sarcasmo.

—Está bien, de acuerdo, estoy matándome a trabajar para no pensar en Shane —admitió Rachel.

—Eso me imaginaba yo. Y si sigues loca por él, ¿por qué dejaste el trabajo?

—¿Qué otra elección tenía? No podía seguir allí después de que lo que ocurrió entre nosotros.

Dios. Ni siquiera podía pensar en aquello sin deprimirse. Bastante duro resultaba ya cada noche meterse en la cama y recordarlo allí con ella, besándola, acariciándola…

—De acuerdo. Es verdad que el acostarte con tu jefe hace que la situación se vuelva un poco… complicada —reconoció Christina.

—¿Sólo un poco? Es peor que eso. Y es que… hay mucho más; eso es lo malo.

—¿Quieres decir porque estás enamorada de él?

Rachel hizo una mueca,

—Oh, Dios, sí. Si lo estoy, y sé que es ridículo y patético, y que no tengo ninguna esperanza, pero… —murmuró pasando la yema del índice por el borde de la taza de café que tenía delante—. Nunca me habría visto como otra cosa que su secretaria; nunca iba a sentir lo que yo siento por él. ¿Cómo podría haber seguido así?

—Lo sé, cariño, lo sé —contestó su amiga con un suspiro—. Es sólo que… echo mucho de menos el tenerte por aquí.

—Yo también te echo de menos. Dios, si echo de menos hasta el trabajo.

Christina se quedó callada un momento, y luego bajó tanto la voz que Rachel apenas si pudo oírla.

—¿Serviría de algo que te dijera que desde que te fuiste Shane parece un alma en pena?

Rachel parpadeó sorprendida.

—¿Por qué?, ¿no le va bien con su nueva secretaria?

—Ése es el problema: no ha contratado a ninguna.

—Pero eso es imposible.

¿No había contratado a nadie para remplazaría? Shane era la clase de jefe que necesitaba tener encima todo el tiempo a una persona muy organizada para que no se le olvidase nada. No pudo reprimir la sonrisa que acudió a sus labios.

—No sabes lo raro que es pasar por delante de tu mesa y verla vacía —continuó Christina.

Rachel sabía que no debería alegrarse de que Shane no hubiese buscado todavía a alguien para ocupar su puesto, que tenía que seguir con su vida y olvidarse de él, pero… ¿cómo podía hacer eso cuando no podía dejar de pensar en él?

—No hay quien lo aguante; está de tan mal humor que tiene a todo el mundo de los nervios. Fíjate cómo estarán las cosas que ayer Jonathon llegó a amenazarle con irse él también.

—Dios. ¿Eso hizo?

—Ya lo creo. Y Shane reaccionó al instante. No es estúpido. Si perdiera a Jonathon además de haberte perdido a ti, estaría con el agua al cuello. Y últimamente da tantos portazos al entrar en su despacho que no me extrañaría que un día de estos el marco de la

puerta acabe destrozándose.

Rachel se permitió por un instante fantasear, imaginando que era por ella por quien estaba así, que la echaba de menos, pero sabía que únicamente estaba frustrado por el caos en el que debía estar inmerso con su marcha.

—Sobrevivirá —le dijo a su amiga—. Y yo también. O eso espero.

—Oye, Rachel, ¿te apetece que quedemos a cenar esta noche?

Rachel dejó escapar un suspiro.

—Me encantaría, pero no puedo. Tengo que ir a casa de mis padres; celebran una fiesta de Navidad en la que seguramente la triste vida de Rachel será el principal tema de conversación.

Christina se rió.

—Bueno, pues que te sea leve entonces; ya hablaremos. Cuídate.

—Tú también, Christina.

Cuando vio cómo estaba poniéndose el cielo, Rachel se escudó en que no quería conducir de regreso a Nueva York con una tormenta de nieve, y se escapó temprano de la reunión familiar en casa de sus padres.

De hecho, si hubiera podido, se habría ido mucho antes. Encendió la radio, sintonizó una emisora de música pop, y empezó a hablar consigo misma en voz alta, más para mantenerse alerta que otra cosa.

—Un podólogo… ¿Ése es el médico de ensueño con el que mi madre quería emparejarme?

De acuerdo, parecía un buen tipo y no era horriblemente feo, pero… ¿se podía ser más aburrido?

—Pies… Se ha pasado toda la noche hablando de pies… —masculló irritada—. Pues ya estoy más que harta; no voy a dejar que me hagas esto ni una sola vez más, mamá.

En ese momento su monólogo fue interrumpido por su teléfono móvil. Alargó el brazo para sacarlo del bolso, y como no quería apartar los ojos de la carretera no miró siquiera la pantalla, sino que abrió el móvil y contestó directamente.

—¿Diga?

—¿Rachel?

El corazón le dio un vuelco y luego comenzó a latirle como un loco. Shane…

—Hola, Shane.

Al otro lado de la línea, éste sonrió cuando pronunció su nombre, aun cuando Rachel no parecía muy feliz de oírlo.

Desde que saliera de casa de sus padres no había podido dejar de pensar en ella. Dios, en toda la semana no había podido dejar de pensar en ella. Cada vez que pasaba junto a su mesa vacía era un recordatorio de lo idiota que había sido.

En esa semana se había visto obligado a admitir lo importante que

Rachel era para él, y tampoco podía dejar de formularse la pregunta que Gannon le había hecho aquel día en el pub: «¿Te has enamorado de Rachel?».

Amor… Se había pasado tantos años evitando siquiera pensar en esa palabra, pero quizá el que echara tanto de menos a Rachel suponía que fuera cierto que Cupido le había acertado con una de sus flechas.

Quizá. ¿Pero cómo podía saberlo? La única manera que se le ocurría era conseguir que Rachel volviese a la revista para que pudieran pasar más tiempo juntos. Tal vez entonces empezaría a ver con más claridad si lo que sentía era amor o no.

Con el teléfono en la mano, se levantó del sofá y fue hasta las puertas cristaleras de la terraza de su apartamento.

—¿Te pillo en un mal momento? —le preguntó a Rachel.

—Pues la verdad es que…

Shane sólo le había preguntado por educación, y no quería arriesgarse a que le colgara, así que la interrumpió.

—Rachel, tienes que volver al trabajo.

—¿Qué?

—Lo digo en serio. La oficina es un caos sin ti; yo no me organizo.

Lo que no le dijo era que no se trataba sólo del trabajo, que era él quien no podía seguir sin ella.

—Lo siento, pero ése ya no es mi problema.

Shane apoyó una mano en el frío cristal e intentó que su voz sonase calmada, que no delatase el pánico que estaba empezando a sentir.

—Maldita sea, Rachel; nada va bien desde que te marchaste. Te necesito.

Por alguna razón, en ese momento acudieron a su mente las palabras que le había dicho su padre hacía un par de semanas, aquello de que el ganar perdía su significado si al final se encontrase con que era eso lo único que tenía.

Llevaba mucha razón. Sin Rachel a su lado para compartir aquella victoria, el ser el nuevo presidente de la compañía no significaba nada.

Esperó lo que le pareció una eternidad hasta que ella finalmente contestó, y las palabras que pronunció no eran las que habría querido oír.

—No es verdad, Shane; no me necesitas —respondió Rachel con voz triste y cansada—. Lo que necesitas es otra secretaria, y en Nueva York hay muchas. Búscate una.

—Rachel, espera. No…

—Adiós, Shane.

Capítulo 12

No iba a volver.

Shane se frotó el rostro con las manos y exhaló un suspiro. Sentado en su despacho, miró en derredor e intentó sentirse ilusionado y orgulloso por lo que había conseguido en aquel año, pero se sentía vacío por dentro.

El mundo continuaba girando, él tenía que seguir con su trabajo… pero nada era lo mismo sin Rachel, y no sabía qué hacer para arreglarlo.

Cuando sonó el teléfono en un principio pensó en no contestar porque en ese momento no estaba de humor para hablar con nadie, pero el ruido estaba irritándolo de tal modo que finalmente descolgó.

—¿Diga? —respondió con brusquedad.

—Vaya, felices fiestas a ti también.

—¡Fin! —exclamó Shane al reconocer la voz de su hermana gemela.

Giró el sillón hacia el ventanal. El cielo estaba tan gris como el día anterior. Desde luego iban a tener unas Navidades blancas.

Navidad… Sólo faltaban diez días para el día de Nochebuena y todavía no había comprado ni un regalo. Si Rachel estuviese allí ya se habría encargado de que lo hubiese hecho. Patético, se dijo; ni siquiera era capaz de hacer las compras de Navidad sin que Rachel se lo dijera.

—¿Vas a venir a vernos por Navidad?

—Me temo que no —contestó Fin—. Travis y yo queremos celebrarla aquí este año, pero no faltaré a la fiesta de Nochevieja, por supuesto.

Shane sintió una punzada de decepción. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que había ansiado volver a ver a su hermana.

Sacudió la cabeza y se obligó a esbozar una sonrisa antes de preguntarle:

—Bueno, ¿y cómo te va la vida en el salvaje oeste?

Fin se rió.

—Bien, no me puedo quejar. Oye, y ya sé que eres un hombre de ciudad, pero nos encantaría que vinieras a hacernos una visita al rancho. Cuando viniste lo pasaste bien, ¿no?

—Pues claro que sí. Y te prometo que iré; quizá en primavera, cuando pase el frío. Bueno, ¿y cómo llevas el embarazo?

—Bien; bien. Podría vivir sin las náuseas que tengo cada mañana al levantarme; pero por lo demás me siento estupendamente.

—Me alegra oír eso. Y, Dios, no sabes cuánto me alegra oír tu voz.

—Ya. Te oigo muy alegre; sí —dijo Fin con sarcasmo.

—Es que llevo un par de semanas bastante malas —le confesó Shane, apoyando la cabeza en el respaldo del sillón.

—¿Qué dices? ¡Pero si lo has conseguido; eres el nuevo presidente de la compañía!

Shane se quedó callado, y Fin debió intuir que había algo más porque le preguntó:

—¿No vas a contarme qué te pasa?

—Ni siquiera sabría por dónde empezar.

—Bueno, la mayoría de la gente te diría que empieces por el principio, pero yo siempre digo que tienes que empezar por saber dónde está el problema y luego volver sobre tus pasos para resolverlo.

Shane suspiró.

—Se trata de Rachel. Se ha ido.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Que ha dejado el trabajo, Fin.

—Pero… ¿por qué?

Shane se pasó una mano por el rostro y cerró los ojos.

—Porque soy un idiota, por eso.

Fin se rió.

—Eso ya lo sabía ella desde hacía mucho tiempo. ¿Qué ha pasado para que haya tomado esa decisión tan drástica?

—Es que nosotros… La verdad, es algo privado.

—Vaya; pues ya era hora.

—¿Qué?

—Vamos, Shane. Lo habéis hecho, ¿no?

—Sí, lo hemos hecho —admitió él azorado. No se sentía cómodo hablando con su hermana de su vida íntima.

—¿Y le has dicho que la quieres?

Shane abrió los ojos y se irguió en el asiento.

—¿Quién ha hablado de amor?

—¿No me digas que…? Dios. Shane, eres mi hermano y te quiero, pero es cierto que eres un idiota.

—Vaya, muchas gracias.

—Pero si es la verdad. Todo el mundo menos tú sabe que Rachel lleva al menos un año loca por ti.

—¿Qué?

Si eso era cierto… ¿cómo podía no haberse dado cuenta? ¿Y por qué no se lo había dicho alguien?

—Y tú estás enamorado de ella.

Shane sacudió la cabeza.

—No, en eso te equivocas; no estoy enamorado.

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué no me dices cómo te sientes ahora que Rachel se ha ido? Y sé sincero.

—Está bien, sí, me siento fatal —admitió él—. No puedo concentrarme, no puedo pensar con claridad, no puedo dormir… Maldita sea, Fin, yo no esperaba que ocurriera esto.

—No, puede que no, pero tienes suerte.

—¿Que tengo suerte? ¿Llamas tener suerte a como me siento ahora?

—No, Shane —replicó su hermana con un suspiro—. A lo que me refiero es a que tienes suerte de que una persona como Rachel se haya enamorado de ti. Deberías luchar por ella.

—Me temo que ya es tarde, Fin. Lo he fastidiado todo. No quiere verme ni hablar conmigo.

—Entonces tendrás que encontrar la manera de hacerle ver lo que sientes por ella.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Nadie ha dicho que fuera a ser fácil. Nada de lo que merece la pena en esta vida es fácil de conseguir, Shane —le respondió ella en un tono quedo—. Y lo digo por propia experiencia.

Shane se quedó callado. Su hermana lo había pasado muy mal hasta conseguir la felicidad que finalmente había encontrado. Sin embargo, el que ella y Travis hubiesen resultado estar hechos el uno para el otro no significaba que lo suyo con Rachel fuese a ser igual.

—Shane, escucha —continuó su hermana—: durante mucho tiempo yo estuve como sabes viviendo por y para la compañía, pero ahora tengo a un hombre que me ama, he recuperado a mi hija y tengo una nueva oportunidad de ser madre, pero para ser completamente feliz me gustaría verte feliz a ti también. No dejes escapar a Rachel.

Unos minutos después de haber colgado el teléfono Shane seguía allí sentado, pensativo. Todo lo que le había dicho resonaba en su mente. Amor… Rachel… Felicidad…

Ya era muy tarde, y no estaba adelantando trabajo aunque se había quedado después de que todo el mundo se hubiera ido, así que se levantó, tomó su abrigo y salió de su despacho.

Mientras caminaba por el desierto pasillo, le pareció sentir en el silencio el latido de Elliott Publications Holding, del negocio que su padre había construido. Ahora él era responsable de todo aquello. Se sentía orgulloso, pero al mismo tiempo seguía sintiéndose vacío.

Allí era donde estaba su lugar, pero la mujer que tenía que estar a su lado se había marchado.

No, sin Rachel nada de aquello tenía ningún valor, y Fin tenía razón; si no hacía algo pronto, algo que convenciera a Rachel para que le diera una oportunidad, acabaría como su padre, un hombre solitario que se lamentaba por tantas y tantas cosas.

Patrick Elliott amaba a su esposa, pero se había volcado demasiado

en el negocio que había creado y se había convertido en un extraño para sus propios hijos.

Shane no quería acabar así. No quería convertirse en un hombre cuya única felicidad fuese los beneficios que estaba consiguiendo su empresa. Quería ser feliz; quería amar y ser amado. Quería tener a Rachel junto a él.

El gran salón del Waldorf Astoria lucía en todo su esplendor para la fiesta benéfica de Navidad de Elliott Publications Holding.

Además de las luces, las guirnaldas, y las flores, en un rincón estaba el enorme abeto que Rachel había encargado para la ocasión, y a cuyos pies estaban apilados los regalos que más tarde abrirían los niños que habían ido allí con sus padres.

Los camareros iban con bandejas de aquí para allá, ofreciendo exquisitos canapés a los elegantes invitados, y la orquesta tocaba melodías navideñas.

Rachel iba sonriendo y saludando a las personas con las que se cruzaba mientras escuchaba a través del micrófono que llevaba en la oreja a los voluntarios que estaban ayudándola en la supervisión de la fiesta.

Se sentía satisfecha con lo que había conseguido, pero también, sobre todo ahora que el ajetreo de los preparativos había terminado y no tenía con qué ocuparse para no pensar en él, se sentía triste porque Shane no hubiese acudido.

Lo había echado muchísimo de menos durante toda la semana anterior; había echado de menos ir cada día a la oficina y verlo allí; había echado de menos pincharle y oírle reír.

Y cada noche, sola en su cama, había echado de menos sentir sus brazos en torno a ella, el ardor de sus manos acariciando su piel desnuda, escuchar su respiración en la oscuridad…

Sus ojos recorrieron una vez más la multitud allí congregada, buscando a esa persona a quien tanto ansiaba volver a ver, pero no estaba allí, y aun rodeada de tanta gente, se sentía bastante sola.

En ese momento una voz le comunicó a Rachel por el micrófono que Santa Klaus había llegado.

—Estupendo —contestó Rachel.

Hizo una señal a la orquesta mientras se dirigía hacia el abeto, y comenzaron a tocar *Aquí llega Santa Klaus*. Los niños prorrumpieron en grititos excitados y todo el mundo empezó a congregarse en torno al árbol y al «trono» que habían colocado allí para Santa Klaus.

Justo entonces salió el hombre disfrazado de detrás de unas cortinas de terciopelo rojo, y al verlo el corazón de Rachel palpitó con fuerza.

Estaba perfectamente caracterizado con su traje rojo y blanco, su gorro, y su barba, pero Rachel lo había reconocido al instante.

Shane…

Se abrió paso entre la gente, disculpándose con unos y con otros, con la vista fija en Shane. Cuando sus ojos se encontraron, fue como si una ráfaga cálida la invadiera, y de pronto se sintió completa; se sintió viva de nuevo.

—¡Feliz Navidad! —gritó Shane, bajando la vista a los niños, y éstos prorrumpieron en nuevos grititos y aplausos.

En ese momento Rachel llegó por fin a su lado.

—Santa Klaus tiene trabajo por hacer —le susurró éste—, pero en cuanto hayamos distribuido los regalos, me gustaría que hablásemos.

—Shane, yo…

—Santa Klaus; mi nombre es Santa Klaus —le dijo él guiñándole un ojo.

Se agachó para tomar en brazos a una niña que estaba tirándole de la manga, y durante casi una hora Rachel y él repartieron regalos a los pequeños.

Rachel disfrutó muchísimo viéndolo con los niños y por primera vez en esos días le pareció que era Navidad de verdad.

—Has estado maravilloso —le dijo a Shane cuando éste la llevó detrás de las cortinas, después de despedirse de los pequeños.

Shane se quitó el gorro, la peluca y la barba y los dejó sobre una mesita.

—Nunca me había divertido tanto —le confesó él—. Y te lo debo a ti.

—¿Qué?

—Sí, Rachel. Si he hecho esto ha sido por ti —respondió él poniéndole las manos en los hombros para atraerla hacia sí—. Sabía que estarías aquí, y sabía que te gustaría la sorpresa, y tengo la esperanza de que me des la oportunidad de decir algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo.

A Rachel se le había hecho de pronto un nudo en la garganta. Oh, Dios. ¿Podía ser que no estuviese soñando?

—Shane…

—Tú sólo escúchame; por favor.

Rachel asintió y alzó la vista a sus ojos verdes.

—Te echo de menos Rachel —continuó Shane con la voz quebrada por la emoción—. Echo de menos verte cada día, verte reír… hasta echo de menos que me sermonees.

—Yo no te sermoneaba —protestó ella.

—Ya lo creo que sí —insistió él riendo suavemente—. Y lo necesito, Rachel, bien lo sabe Dios. Nada parece ir como debe desde que te marchaste. No hay luz en mi vida; no hay risas; no hay… nada.

—Yo también te echo de menos, pero…

—No —la interrumpió él atrayéndola más hacia sí—. No hay peros

que valgan, Rachel; es la verdad: sin ti no soy nada. Sin ti nada merece la pena para mí.

Rachel tragó saliva y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Te quiero, Rachel —murmuró Shane—. Creo que siempre te he querido; es sólo que no me di cuenta hasta que té marchaste —inclinó la cabeza y la besó con ternura—. Lo eres todo para mí. Haces que quiera ser un hombre mejor, un hombre que te merezca.

Rachel apenas podía creer que le estuviera oyendo decir aquellas ¡cosas, aquello con lo que había soñado durante tanto tiempo.

—Si tú me dejas, me pasaré el resto de mi vida demostrándote cuánto te quiero.

—Shane… ¿qué… qué quieres decirme con esto? —inquirió ella con voz temblorosa.

Estaba bastante segura de dónde quería llegar, pero necesitaba oírlo de sus labios.

—Estoy pidiéndote que te cases conmigo, Rachel —dijo él estrechándola con fuerza entre sus brazos—. Por amor de Dios, ¿es que no has escuchado nada de lo que te he dicho?

Rachel se rió y asintió.

—Lo he oído todo, pero todavía no me has hecho la pregunta.

Shane se echó hacia atrás y esbozó una sonrisa nerviosa.

—A eso iba, pero no es nada fácil para un hombre hacer esto, ¿sabes? ¿Qué pasa si la mujer de sus sueños le dice que no?

Rachel le devolvió la sonrisa.

—Me temo que es un riesgo que vas a tener que correr.

—Bueno —dijo él—, una mujer muy sabia me dijo hace poco que nada que merezca la pena se consigue fácilmente.

—Estoy de acuerdo —contestó ella.

—¿Quieres casarte conmigo, Rachel? —le preguntó Shane alzándole la barbilla para mirarla a los ojos.

—Sí, Shane; sí que quiero.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de él, y mientras se filtraba la música tras las cortinas, mezclada con el ruido de risas y conversaciones, como si estuviesen muy lejos, en un mundo aparte, Shane se inclinó y la besó de nuevo.

Epílogo

Otro árbol de Navidad, bastante más pequeño que el del Waldorf Astoria, pero con sus guirnaldas, sus adornos, y sus luces, presidía un rincón del salón de The Tides, donde estaba reunida al completo la familia Elliott.

Con una copa de champán en cada mano, Shane zigzagueó por entre sus parientes en dirección a Rachel, escuchando trozos de conversaciones y sonriendo cuando oía reír a alguien.

Cuando los ojos de Rachel se encontraron con los suyos y le sonrió, una inmensa dicha invadió a Shane; la misma que había sentido desde el día en que le había pedido que se casase con él y ella le había respondido que sí.

Con Rachel a su lado se sentía invencible, capaz de salvar cualquier obstáculo, y estaba ansioso por comenzar una vida junto a ella y formar una familia con ella.

De pronto, alguien bajó el volumen de la música, y todos se volvieron a mirar al patriarca, que se dirigió a la chimenea pidiendo su atención.

—Creo que es el momento perfecto para un discurso —les anunció levantando su copa de champán.

—Patrick, cariño, éste no es momento para uno de tus discursos —le reprochó afectuosamente su esposa acercándose a él—; toda la familia está aquí; es momento de celebrar.

Shane vio cómo su padre le rodeaba los hombros con el brazo y la atraía hacia sí.

—Tienes razón, Maeve —le dijo—; como siempre. Pero quiero que sea Shane quien pronuncie ese discurso; creo que es lo que toca, ahora que es el nuevo presidente de la compañía.

Todos rompieron a aplaudir, y Shane sonrió vergonzoso. Gannon le dio un par de palmadas en la espalda y Erika, que tenía a su hijita en brazos, alzó el rostro y sonrió a su marido.

Tag y su prometida, Renee, estaban en un rincón, debajo de una ramita de muérdago, haciéndose arrumacos, y unos pasos cerca de ellos estaban Karen, sentada en una silla y con un aspecto estupendo, y Michael, de pie junto a ella.

Shane tomó a Rachel de la mano y sonrió a Summer y a su estrella del rock, Zeke, que estaban con Scarlet y John, sin duda haciendo planes para esa doble boda con la que Maeve estaba tan ilusionada.

Cuando pasó junto a Fin, ésta levantó su copa y le guiñó un ojo. Shane le sonrió a ella y a su marido, Travis, que habían viajado desde colorado con Bridget y su marido Mac para estar allí con ellos.

En otro rincón de la sala estaban Daniel y Amanda, que parecían

perdidos en su propio mundo, y un poco más allá Jessie y Cade, que estaban charlando con Liam y su prometida, Aubrey.

Cullen y Misty tampoco habían faltado a la cita, igual que Bryan y Lucy. Toda la familia feliz y reunida; qué manera tan maravillosa de terminar un año y comenzar otro nuevo.

Finalmente llegaron donde estaban sus padres, y éstos se hicieron a un lado para dejar que se colocaran frente a la chimenea.

Shane atrajo a Rachel hacia sí, y sonrió dichoso cuando ésta le rodeó la cintura con el brazo y lo miró con amor.

—Soy un hombre muy afortunado —comenzó levantando su copa y dirigiéndose al resto de la familia—. Tengo a mi lado a una mujer maravillosa que me ama, una familia fantástica, y ahora además he recibido el testigo para ponerme al frente de Elliott Publications Holding —les dijo—. Sin embargo, creo que no soy el único que ha ganado muchísimo este año. Cuando papá anunció esa competición entre nosotros, me pareció que era una locura, y que lo único que conseguiría sería dividirnos —añadió dirigiéndole una mirada a su padre—. Estaba muy equivocado.

Patrick sonrió y besó a su esposa.

Renee le dio a Tag una palmada en el hombro para que escuchase su discurso.

—Los Elliott estamos ahora más unidos —continuó Shane—. Hemos redescubierto los lazos que nos unen, y hemos forjado lazos con otras personas que ahora forman parte también de esta familia. Hemos superado muchas pruebas este año y nos hemos enfrentado a nuestros miedos —añadió mirando a Michael y a Karen.

Liam silbó y Fin aplaudió.

—También hemos sabido perdonarnos viejos rencores —prosiguió Shane sonriendo a su hermana y luego a su sobrina Jessie—, y el futuro que se abre ante nosotros es más brillante que nunca. Levantad vuestras copas y brindad conmigo —les dijo a todos, haciendo él otro tanto—. Por la familia.

—Por la familia —contestaron todos al unísono.

Y, mientras los demás brindaban, Shane atrajo a Rachel hacia sí y tomó sus labios en un beso que prometía un futuro lleno de amor y esperanza.

Fin